Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 1.º de Agosto — Núm. 5

Año XII. No. 549

SUMARIO

La hora histórica del Perú

(Carta abierta a don Joaquín García Monge)

Lima, 2 Julio de 1931.

Mi querido don Joaquín: Acaba de celebrarse en esta ciudad de Lima, el primer Congreso Departamental Aprista, y acaba de realizarse uno de los actos cívicos de mayor trascendencia para el Perú. Es en estos momentos, cuando estamos en plena actividad por el mejor éxito de nuestro certamen, que me llega el número de *Repertorio*, donde la generosidad de usted, unida a la de nuestro común amigo Rómulo Betancourt, me dedica unas páginas, un cariñoso comentario. Quiero hacer una rectificación. La señora a quien se cita en el artículo de Rómulo y en el mío, aparece por un error tipográfico, como obrera. La señora Cáceres nunca ha sido una trabajadora manual, como consigna el camarada Betancourt. Ella perteneció siempre a las filas de la aristocracia del sable—su padre, el general Cáceres, aunque era un militar sin cultura, por sus batallas mereció el más alto grado en el ejército y fue dos veces presidente del Perú—en esas filas se ha desenvuelto y de ellas no ha salido nunca, formando hoy el «Femenismo Peruano Z. A. C.», que no es sino una sociedad de damas que pretenden el voto. El elemento obrero no colabora en este sector de la actividad femenina de mi país, ni podría colaborar, pues es a la señora Cáceres a quien la obrera que yo cito, se dirigió con aquellas lapidarias palabras: «Nosotras votaremos para que ustedes se encaramen y tengan cómo lucir mejor su vanidad.»

Aparte esta aclaración, que bien merece la pena, pues no puede quedar asentado el error de que una mujer burguesa es una obrera, quiero extenderme a contarle lo que hace mucho quería decirle, mi querido don Joaco, y que las múltiples labores del Partido no me han permitido.

Nuestro movimiento aprista ha tomado ya los francos relieves de un movimiento reinvindicador de la nacionalidad. Hasta los más lejanos rincones de nuestro territorio, el departamento oriental de Loreto, feudo de unos señores gamonales, llega la palabra aprista y los que eran siervos de la gleba tropical, se alistan en nuestras filas desafiando la autoridad omnipotente de los amos. El *Apra* es como una ola incontenible que va tomándolo todo, arrollándolo todo, pese a todos los obstáculos —los innumerables obstáculos—que la oposición reaccionaria le planta en el camino.

Nosotros comenzamos nuestra tarea a raíz de la caída del leguiismo. Antes sólo fue posible la acción disociadora de quienes sirviendo inconscientemente al leguiismo-civilista, oponían al *Apra* sus dudas y sus calumnias. Pero con Sánchez Cerro, el grotesco derrocador de Leguía y continuador de sus métodos de despotismo brutal, el Aprismo no podía prosperar. Nuestros comienzos fueron, pues, usted los conoce, de dura brega y no tardó mucho en que

nuestra obra fuera interrumpida por los improntus patológicos del que se había auto elegido presidente del Perú por ocho años! Así volvemos a la ilegalidad y así continuamos agitando las conciencias, hasta determinar la caída estrepitosa del seismesino tirano, que hoy día llega al Perú dispuesto a jugarse los dineros que hurtó a la Caja Fiscal, en una lucha política tan mal empezada.

Pero estos meses que van desde Leguía—Agosto—hasta la fecha, el Aprismo ha hecho un comienzo de conciencia nacionalista que repudia con todas sus fuerzas los viejos métodos del civilismo clásico, y está dispuesta a luchar sin desmayos por la conquista de sus derechos.

Se ha planteado, pues, la lucha a muerte entre el feudalismo que aun condiciona nuestro sistema de gobierno y la verdadera democracia que es lo que representan los postulados apristas. Nuestra palabra sin demagogia oportunista, llega hondo a las multitudes y es una conmovedora lección de civismo contemplar las huestes apristas, a quienes ningún interés mezquino puede atraer a nuestros hogares de trabajo—donde no campea el sandwich, ni la copa de aguardiente, acostumbrados hasta hoy por los políticos clásicos—en los que permanecen horas de horas escuchando las palabras de nuestros sembradores de ideas que están despertando el dormido sentimiento de la nacionalidad y de la verdadera justicia social.

El Congreso Departamental Aprista de Lima, como los Congresos departamentales de la República ya realizados, han sido la demostración palpable de que el llamado del Aprismo—llamado de admonición en medio del fangal civilista—ha encontrado respuesta.

De todos los puntos de las provincias lejanas y pospuestas, a quienes jamás se ha oído para remediar sus graves males, a quienes siempre se ha tenido en minoría de edad, llegan los delegados portando sus pliegos de reinvindicaciones para discutirlas en una asamblea donde preside junto al fornido representante de nuestro obrerismo, el trabajador intelectual y la mujer que aspira a ser al lado del hombre la compañera y no el juguete de placer.

Nunca he sentido una más profunda emoción revolucionaria que durante nuestro Congreso Aprista que ha terminado esta noche. Realmente nosotros, los que militamos en la lucha desde sus comienzos, estamos asombrados de cómo ha respondido la masa productora a la voz del Aprismo. Cada pliego de ponencias traído por las delegaciones provincianas, por las delegaciones gremiales y sindicales, por los trabajadores del mar y por los maestros, esos heroicos creadores de conciencia, era un grito de protesta por el estado de impotencia y servilismo en que una sociedad retrógrada y egoísta ha mantenido al Perú durante tantos años. Hemos trabajado días enteros, horas de horas, sin que la fatiga asome a los ojos de esos valientes trabajadores que en los momentos oportunos rubricaban sus ponencias con su palabra ruda y sincera, hasta estremecernos. Y es en ese hermoso certamen nunca visto, donde se

han aprobado sin mayor discusión las ponencias que las mujeres apristas han llevado como síntesis de sus reinvindicaciones a inscribirse en nuestro programa de acción futura.

Y quiero decirle algo a propósito del programa. El Partido Aprista es el primero en el Perú que se lanza a la lucha política sin presentar un programa, una lista de lavandería política, oomo dijo nuestro Haya de la Torre. Cosa inusitada por cierto, en donde para ser «candidato» es primordial presentar la listita de promesas que luego en el poder, jamás se han cumplido. Nosotros, los apristas, conscientes de que un programa no se formula sobre una mesa de café ni en el budoir de las damas galantes, no hicimos sino presentar nuestras bases sobre las cuales habíamos de iniciar la reconstrucción del Perú: nacionalismo integral, reinvindicación indígena, justicia social. Y lo declaramos reiteradamente cuando se nos azuzaba por ser un partido sin programa, que el programa lo daría el Perú, consultado por el *Apra* previamente. Y el programa lo está dando el Perú mismo. No otra cosa son estos Congresos Departamentales que traen la voz de las provincias, y sin retórica, ásperamente, dicen sus auténticas necesidades y acusan las seculares injusticias del gamonalismo civilista. Las conclusiones aprobadas en nuestros Congresos Departamentales, serán las que irán al gran Congreso Nacional Aprista que con la representación de todos los Departamentos del Perú, debe reunirse en este mismo mes de Julio, bajo la presidencia de nuestro jefe, Haya de la Torre. De allí saldrá el programa estructurado, el plan de acción que debe intentar nuestro partido en el poder, aunque no sea el programa definitivo, pues las necesidades del Perú son muchas y ellas se irán compulsando a medida que hayamos captado en su totalidad para transformarla, toda la maquinaria del Estado.

Para llegar hasta aquí, para llegar a reunir en estas asambleas previas, tantos miles de ciudadanos que escuchan con la atención tensa, horas de horas, el laborioso construírse del futuro, es necesario haber soportado y soportar grandes luchas. El Aprismo es atacado por todos los flancos y resiste los embates de una casta en derrota y de la inconsciencia de ciertos sectores oscurecidos por campañas demagógicas y personalistas. Pero no podía ser de otra manera.

Aunque esté decretada la muerte del feudalismo, aunque los once años y los seis meses de tiranía hayan dejado su secuela de incomprensión y duda, está haciéndose carne de conciencia el nuevo sentido de la democracia social, el nuevo concepto de que son las mayorías productoras las únicas que tienen derecho a intervenir en el gobierno del Estado y cambiar los viejos y corrompidos métodos de explotación, por otros que correspondan a la mentalidad que se está creando en el mundo y que desde la vieja España monárquica y conservadora, a la Rusia soviética, es la de reinvindicar los derechos de los oprimidos y permitir que la felicidad humana no sea privilegio de minorías engreídas.

Son los preliminares de la gran transformación aprista. Nos anima la fe profunda de que este movimiento renovador no será sólo de la exclusividad del Perú. Él tiene que extenderse—seguir su envolvente captación de ola—por toda la América feudal y sometida al imperialismo. Estamos dando los pasos iniciales de la gran trasformación social y económica de este lado del mundo, y estamos seguros de que nuestra lucha será poderoso estímulo para la liberación de muchos de los países de nuestra América Latina que aún agonizan bajo la pata de sus déspotas galoneados, aliados del imperialismo.

Dentro de pocos días debe arribar al Perú, el líder máximo del Aprismo, nuestro compañero Víctor Raúl Haya de la Torre. Ha tardado en venir porque no quería erigirse en caudillo de un pueblo. sino en servidor de un partido. Ya el Partido Aprista es un organismo de férrea disciplina, listo a marchar al combate, y es ahora que él vuelve a tomar su puesto a la vanguardia para conducirlo al triunfo. Con la presencia de Haya de la Torre se afianza nuestra fe en el destino del Perú. Tenemos optimismo después de muchas horas de prueba, y no importa ya que la reacción juegue sus últimas cartas para recapturar el poder. El pueblo marcha, nuestra obra de siembra no puede dar resultados negativos. Somos determinístas: hemos sembrado ideas de revolución y recogeremos las reinvindicaciones del pueblo.

Me imagino para el futuro a la América Aprista, bajo una sola bandera y con un solo ideal: el mejoramiento ascendente de los hombres por el bien y por la belleza.

Le estrecha fraternamente las manos que son las manos de ese cordial y generoso pueblo de Costa Rica, a quien usted representa, su amiga y camarada,

Magda Portal

El despertar español

= De *El Sol*. Madrid =

La revolución española tiene un alcance general que se enlaza con la evolución y el porvenir de los pueblos afines de América, en el plano superior de la indispensable reacción de salud que hay que provocar en el organismo colectivo.

La Monarquía sacrificó sistemáticamente a cuantos persiguieron el enaltecimiento del conjunto. Nada noble, nada grande pudo levantarse sin que lo sofocase el egoísmo, la avidez, la suspicacia de la corona. Todos los valores fueron estrangulados implacablemente. El interés dinástico se vistió de pasión religiosa, de patriotismo afónico, de verdad científica, de incorruptible moral, de cuanto pudo parecer respetable, para disimular el móvil subalterno; pero fué el interés dinástico, y nada más que el interés dinástico, lo que arrasó la historia de la nación, crucificando a Cristo en todas las vidas puras, desde Colón y Cervantes hasta Isaac Peral y Joaquín Costa.

Se ha hablado injustamente de ocaso, y hasta de agonía nacional, para explicar la disminución de fuerza y de prestigio que sufrió la bandera ibérica onmipotente en otros tiempos. Yo he sostenido siempre que el pueblo estaba intacto. Fué el estancamiento de las instituciones lo que se reflejó en inmovilidad sobre España. Los males vinieron, en conjunto, de la subordinación de los intereses cuantiosos al auge de una corona que nunca sirvió los ideales colectivos, sino los propios, o, cuando más, los de una clientela exigua.

Por eso es que siempre he protestado en América cuando, censurando nuestros yerros, los han atribuido algunos a la herencia española. Los que se lamentan de su origen son, a mi juicio, prófugos de la nacionalidad y malos conocedores de su propia historia. Aquilatando fríamente los hechos, no se halla un solo indicio de una inferioridad intrínseca del español. Este ha conservado, individualmente, la eficacia social de los mejores tiempos.

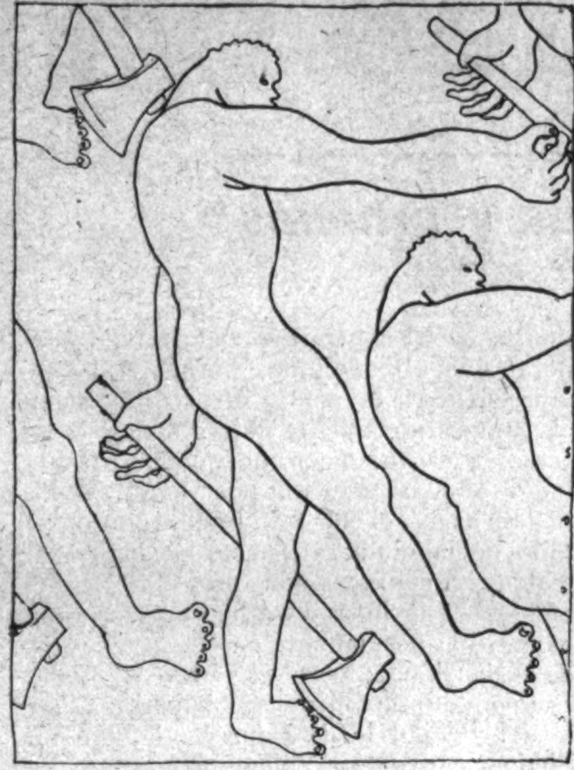
La prueba está al alcance de todos. Hasta el infinito se repite diariamente la aventura del peninsular que salió pobre y desconocido de su aldea y escaló en nuestras Repúblicas las más altas situaciones, creando empresas prósperas que redundan en beneficio de la colectividad. Si los emigrantes de otras razas le superaron en la amplitud o en la intensidad de la irradiación, fué porque estaban sostenidos por sus Gobiernos. El español obraba por su cuenta y se debatía solo, dado que, en realidad, no existía la nación. Pero, a pesar de la desventaja, a pesar del aislamiento, se puede decir que en América, individualmente, ningún hombre hizo más.

Lo que ocurre en España es un fenómeno de desdoblamiento. La entidad se marchitó, pero los componentes permanecieron intactos. Enfermos de asfixia, los españoles recuperaron su vigor al cambiar de atmósfera. Y ello presenta estrecha similitud con lo que ocurre en nuestra América. Porque es el resultado de formas erróneas de vida y de falsas direcciones gubernamentales impuestas por un reducido grupo, abusivamente preeminente, al resto de la nación.

Por eso es que los sucesos actuales auguran victorias en la plataforma suprema en que los pueblos dan la medida de su poder creador. La proclamación de la República implica la resurrección de Lázaro. Ya no es la España palaciega y abúlica de unos pocos; es la España auténtica, robusta, total; la resultante de la emancipación de un pueblo, no el fruto de la opresión de una familia. Y como nuestra América pudo apartarse del conglomerado político, pero nunca podrá alejarse, porque sería un suicido, del ambiente espiritual de la madre patria, los vientos nuevos no han de tardar en atravesar el mar.

En el plano de la libertad, de la renovación, de la audacia constructora, se volverán a encontrar los fragmentos dispersos de la Hispania grande que ayer anemió y dispersó el instinto autocrático, la vanidad cortesana, el infecundo privilegio, cuanto fué hasta hoy obstáculo o azote para el desarrollo de cada núcleo. A los entusiasmos de una España que renace ha de responder el grito de una América ávida de acabar con los métodos primitivos de engreimiento y coerción personal. La analogía de las situaciones confirma el paralelismo de la Historia. Con nombres distintos, bajo otras fórmulas, las Repúblicas del Sur han padecido desventuras análogas. Su personalidad, su alma auténtica, su potencialidad colectiva sólo saldrá a la superficie cuando se liberten de los caudillos.

(Pasa a la página siguiente)



La Revolución en marcha

(*Nosotros*. Madrid.) Por *Maside*

La pascua española

— *Envío del autor* —

Ya te has levantado rompiendo las lozas de tus cien sepulcros, ¡oh Madre augusta de la resurrección infinita!

Surges resplandeciente en un Abril de nuestro siglo, glorioso como aquel de la pascua nazarita, en el que Jesús, triunfante de la muerte y de la vida, surgió de la gruta definitiva, abatiendo la soporosa lápida de la materia, y rompiendo con su ímpetu de luz, contra los guijarros del monte de las Calaveras, las frentes de bronce de los sayones de la tradición.

Has bajado ya de la cruz en el que te inmolaron los Austrias, has roto el sueño largo en que con filtros de maleficio, te sumieron los Borbones. Has desatado las vendas del brocado en que te envolvieron los Pontífices, te has lavado los bálsamos de tumba con que ungieron tu cuerpo sacrosanto los escribas y los sacerdotes.

Y te muestras ahora impoluta y radiante, vestida apenas de pueblo, como el Hortelano Divino que contemplara la Rubia de Magdala en el huerto de Nicodemo, flotando como una visión celeste en la temblorosa alba pascual.

Y estás ¡oh Madre resurrecta! en el momento inefable de decir como el Rabí dijera: NOLLI ME TANGERE.

«No me toqueis», dices. Ya no gravita sobre mis sienes delicadas el peso torturador de la corona real. Ya no arrastro el manto de púrpura decrépita con sus pesadas bordaduras de castillos y leones. Vestida apenas de pueblo, ya no luzco más armiño que el de mi albo cuerpo modelado con carne de la más gloriosa historia, y saturado de democráticas esencias. Soy la España integral, soy la España vital, soy la España eternal».

Tus hijas del mundo que descubriste oyen tu voz profunda, ¡oh Madre oceánida!, y trémulas de fe esperan encontrarte en el camino de Emaus de la República, para partir contigo el dulce pan de la igualdad humana. Luego se congregarán ávidas en el cenáculo de las naciones para recibir sobre sus cabezas tu espíritu inmortal en las lenguas de fuego del Socialismo purificador.

Ya vienes, Madre. Vienes como el ángel de Ariel, vienes volando sobre los mares, serena, augusta y triunfante tras de hundido para siempre el tenebroso Calibán.

Después, ante nuestras almas absortas, ascenderás al sumo cielo de la gloria. Llegarás al INMORTAL SEGURO. Pero eternamente te quedarás con nosotros en cuerpo y en alma, bajo

(Pasa a la página 76)



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Escuelas rurales y urbanas

= Del libro Manuel B. Cossío: *De su jornada* (Fragmentos). Madrid. 1999 =

Con bastante frecuencia se oye decir que es preciso dar en la escuela rural mayor desarrollo a aquella parte del programa que tenga relación más directa con ciertas industrias, por ejemplo, o con ciertas producciones propias de la localidad; que en ella la educación debe especializarse en el sentido en que para los niños pueda ser más práctica, dada la comarca en que habiten; que el carácter integral de la escuela primaria, el completo desarrollo de los programas es más bien propio de las escuelas urbanas, donde el alumno puede asistir más tiempo y donde existen medios para llevarlo a cabo; que en las rurales hay que disponerse con más premura para el combate de la vida; es necesario proveer al niño por de pronto de las armas más indispensables, eliminando todo aquello que por el momento no hace, o parece al menos no hacer falta. Son opiniones que están hoy en boga.

No negaré yo, señores, que, en efecto, hay algo característico en las escuelas rurales; pero ¿sabéis en qué está, a mi entender? Pues precisamente en la necesidad que tienen de ser más completas; en esa ineludible necesidad de llevar a la escuela del campo aquella enseñanza de que el labriego, el industrial en pequeño, el pastor no pueden oir hablar jamás sino en la escuela. Si la sociedad tiene poco influjo directo sobre el campo, es preciso suplir este influjo por medio de la escuela. Si la población rural entiende poco de refinamientos sociales, si es ruda, si carece de ocasiones en la vida donde pueda aprender fácilmente sus derechos y sus deberes, si siente poco, o siente de una manera extraviada, está en peligro siempre de caer de lado de los apetitos egoístas; acudamos, pues, a prevenir este riesgo con la sociología y con el derecho, con la moral y la lógica, con la literatura, la música, las bellas artes, con todas las enseñanzas, en fin, que se refieren a la vida del espíritu, como contrapeso del trabajo corporal que allí domina; porque, tal vez, la escuela es la única fuente que tiene el campesino donde hallar todas estas cosas, y el único camino quizá, y desde luego el más directo, por donde pueda llegar hasta él su saludable influjo. El niño de la ciudad tiene el periódico, el teatro, la conversación culta de la atmósfera que le rodea, los museos, una exposición permanente en los escaparates de cada tienda; pero el pobre niño del campo, ¿dónde puede ver jamás una estatua? ¿Quién le dirá que ha habido un Shakespeare o un Velázquez? ¿Quién le hará sentir la belleza de una melodía de Mozart, de una estrofa de Calderón o, al menos, de un Eco Nacional de Ruiz Aguilera? ¿Quién le excitará a que levante sus ojos de esa tierra que fecunda ya quizá al lado de sus padres? ¿Quién le instará para que piense, reflexione sobre algo que no sea corporal, ni quién le llamará la atención jamás sobre el placer que de la reflexión resulte? ¿Dónde, si no es en la escuela, podrá enterarse con fundamento de sus deberes naturales, de sus derechos como ciudadano, del régimen de los poderes públicos en su patria, y por dónde, si no es por este camino, ha de llegar algún día a ejercer aquellos derechos con conciencia, a estimarse a sí propio y a dejar de ser ciego instrumento como lo es ahora, en las manos de cualquier intrigante que lo explote para alcanzar sus fines?

Así, pues, entiendo yo que debe considerarse el carácter distinto de las escuelas urbanas y rurales. Tan íntegra y armónica debe ser la educación en unas como en otras, insistiendo con mayor ahinco en aquellas materias que no encuentran fácilmente los niños en el medio que les rodea.

Pero hay más todavía. Cuando la vida en general, por lo que respecta a la habitación, se haga más racional y más conforme con nuestra naturaleza; cuando el hombre viva en el campo, que es donde debe vivir siempre, rodeado de la naturaleza, con espacio, con luz, con aire puro y considere la ciudad, según ocurre ya en países más adelantados, pura y simplemente como el taller donde viene a trabajar todos los días; cuando las calles se conviertan en caminos con árboles; cuando la población se esparza y desparrame, según aconsejan de consuno sociólogos, moralistas, e higienistas, las dificultades para asimilar en la práctica las escuelas rurales a las urbanas habrán desaparecido por completo. Pero mientras tanto que esto llega, ¿cuál será el medio más adecuado para llenar los vacíos que se notan en la escuela rural? Uno solo se me alcanza, señores, y contrasta, en verdad, con lo que sucede al presente. En vez de enviar a las escuelas rurales los maestros *incompletos*, los de menor cultura, los más faltos de flexibilidad para el trato y relaciones sociales—gravísimo error en que no se ha pensado y con el cual se perpetuará, a no dudar, el atraso de la población de nuestros campos—enviemos a ellas los mejores maestros, no sólo los mejores en el saber, sino en algo más importante para este ministerio: en vocación; enviemos hombres superiores, de elevada cultura, de abnegación sin límites; remunerémoslos, no decorosamente, sino hasta espléndidamente; pero con tal que su vocación sea tan probada y decidida, repito, que estuvieran dispuestos, si fuera preciso, a realizar su obra sin estipendio alguno, como un verdadero apostolado: misioneros de la educación, hombres distinguidos por su espíritu y hasta por sus maneras, capaces no ya de alternar de igual a igual con el abogado, con el juez, con el médico, con el ingeniero, con el sacerdote, sino de influir y estimularlos a auxiliarle en su obra. Y es que el influjo de un maestro de estas condiciones dentro de su escuela rural—vosotros lo sabéis mejor que yo—es inmenso, y lo sería, no sólo para la escuela, sino para la familia, porque uno de los grandes educadores de la familia en los tiempos modernos es el niño mediante la escuela. Pero, mientras esto no suceda, mientras el maestro no aparezca ante los ojos del campesino rodeado, no sólo de esa aureola ideal que le presta siempre su profesión, sino del prestigio real y efectivo de lo que vale él personalmente; mientras no se imponga moralmente, mientras no le dignifiquemos, no esperéis que la escuela rural adelante un paso, que nuestros campesinos se hagan, por decirlo así, urbanos; porque el maestro, que hoy es la palanca más fuerte para el desarrollo de la civilización, es también el camino más fácil y seguro para llevar la ciudad a los campos. Yo, señores, confieso que tengo una fe inquebrantable en el maestro. Dadme un buen maestro y él improvisará el local de la escuela si faltase, él inventará el material de enseñanza, él hará que la asistencia sea perfecta; pero dadle a su vez la consideración que merece, o mejor, que él lleva consigo en el propio valer de su persona, sin que se asuste nadie, porque para maestros rurales de esta índole se consiguen en el presupuesto sueldos de veinte, treinta y cuarenta mil reales. ¿Es esto utópico? ¿Qué se necesita para realizarlo? Dos cosas tan sólo: escuelas normales y dinero. ¿Resulta cara la primera enseñanza entendida de esta suerte? ¿No queremos darnos este lujo? Pues resignémonos a continuar sin país, sin verdadero país, a continuar en la ignorancia, en la inmoralidad, en la revolución, en la miseria material y moral, a la zaga de las naciones civilizadas.

Manuel B. Cossío

El despertar español...

(Viene de la página 73)

de las oligarquías y de los dictadores.

Por eso es que, de un extremo a otro de la extensión donde antes el sol no se ponía, se levanta ahora un vuelo ideal de palomas mensajeras y se echan a rebato las campanas de todos los corazones.

Manuel Ugarte

Niza mayo 1931.

UNA ESCUESTA INTERESANTE

La Independencia económica de la América Latina

— Envío del autor —

La dirección de Atenea *invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.*

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea *cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.*

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la inter-relación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir la respuestas a la Secretaría de Atenea, *Concepción, Chile.*

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

(Atenea, *agosto de 1930.)*

Exhortamos a los muchos amigos hispanoamericanos del *Repertorio*, y que pueden hacerlo, a que mediten y contesten la interesantísima encuesta de *Atenea*. Sería deplorable que cayera en el vacío. Los hombres que en nuestra América saben y piensan, no deben ahorrar sus opiniones constructivas; son voces de un Destino que no en vano vigila.

La conocida revista *Atenea* de Concepción (Chile), ha planteado una interesante encuesta a los intelectuales latinoamericanos. Les invita "a manifestar en sus páginas, las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina".

La cuestión no puede ser más interesante. Sobre la posición de dependencia económica de la América Latina, respecto de los Estados Unidos y de Europa se han esbozado hasta ahora numerosas tesis que podrían llamarse de "planteamiento" sin una fórmula completa para la solución del grave problema que esa dependencia lleva en sí. Es preciso anotar—aparte simpatías partidaristas—que sólo el *Apra* ha ofrecido hasta hoy una teoría integral.

Sin perjuicio de ampliar más tarde las ideas de este artículo, conviene ante todo señalar dos puntos de vista para la solución del problema. El de una fórmula radical que implique la abolición total del sistema capitalista,—del que la dependencia económica latinoamericana es una consecuencia,—o el de una fórmula—transicional que suponga la prevalencia del capitalismo y la restauración de la independencia económica latino americana dentro de él.

En el primer caso, habría que decidirse por la filosofía y la política marxistas, representadas en el campo de la acción europea por los partidos comunistas y socialistas que son sus ramas de izquierda y derecha respectivamente. Pero la destrucción del sistema capitalista debe producirse donde el capitalismo existe, en sus centros mismos de origen y dominio. La América Latina no es zona característicamente capitalista. Marx y Engels sostienen que el capitalismo sólo puede ser destruído por el proletariado industrial organizado en fuerza política de partido. Y obvio es agregar que la acción del proletariado—revolucionaria o evolutiva—debe producirse en los mismos centros o zonas donde radica el sistema para poder destruirlo. La Revolución rusa al capturar el poder para los comunistas en un país donde el capitalismo sólo existía incipientemente y como una dependencia o parte del sistema cuyo centro son los grandes países industriales, nos demuestra que al no invadirlos, no logra destruir el sistema mismo. El proletariado ruso consiguió abolir el capitalismo en Rusia, pero hasta ahora no ha podido obtener que las grandes mayorías del proletariado industrial en los pueblos económicamente más adelantados del mundo, completen la tarea que debido a la subsistencia del sistema tampoco ha podido cumplirse en Rusia sino parcialmente.

Escollo del problema.—Resulta, pues, que, en el primer caso anotado, la independencia económica de la América Latina depende de la abolición de todo el sistema capitalista mundial y que ella no puede realizar completamente sino cuando el proletariado de los grandes países industriales destruya sus raíces mismas. Aun suponiendo que una revolución latinoamericana llegara a derribar desde sus bases el capitalismo, que dentro de su área geográfica es todavía incipiente y subalterno, la independencia económica latinoamericana sólo sería parcial,—como es la de Rusia actualmente,—mientras subsistiera el sistema capitalista en los países económicamente más desarrollados o sea en los que son típicamente industriales e imperialistas, como un resultado de su desarrollo.

Queda el otro caso, que supone no aguardar hasta que los proletarios industriales de los grandes países capitalistas destruyan el sistema que es origen de nuestra subordinación, tratando de conseguir la independencia económica de la América Latina dentro del capitalismo. Dos cuestiones conviene examinar situándonos en este punto de vista. O pretendemos la independencia económica latinoamericana con miras al sostenimiento del sistema capitalista, o tratamos de obtenerla teniendo en cuenta la posibilidad de su destrucción.

Si lo primero, la tendencia económica debería orientarse a la industrialización completa de la América Latina para hacer de ella una gran potencia capitalista como han llegado a ser los Estados Unidos del Norte. Y esta tendencia se encuentra ante algunas graves cuestiones: la de la imposibilidad de erigir simultáneamente y con poder semejante veinte potencias industriales sin caer en el peligro de nuevas dependencias de las menos ricas o más débiles, o—en el caso de unirlas políticamente—, la de nuestra posibilidad o imposibilidad de afrontar con ventaja la competencia de los pueblos industrialmente más desarrollados, cuyos excesos de producción y de capital les impone buscar mercados y zonas de inversión por fuerza. Esto sin olvidar que el hierro y el combustible son elementos necesarios para la completa culminación del industrialismo y que el sistema capitalista resiste tanto como puede todo plan de competencia. Razón determinante, ésta última, de nuestra actual dependencia económica particularmente manifestada en el dominio de casi todas nuestras industrias importantes que ejerce el capital extranjero, vale decir el imperialismo.

Si lo segundo, la teoría aprista ha dado hasta hoy el rumbo más certero. El aprismo—sintetizando sus principios teóricos,—considera que el imperialismo "última etapa del capitalismo" en los pueblos industriales representa en los nuestros la primera etapa. Nuestro capitalismo nace con el advenimiento del imperialismo moderno. Nace, pues, dependiente y como resultado de la culminación del capitalismo en Europa, —Inglaterra especialmente,—por las condiciones naturales de los Estados Unidos, el desarrollo del capitalismo en ese país se cumple vertiginosamente hasta alcanzar la etapa imperialista, América Latina resulta el campo de lucha del imperialismo europeo y del norteamericano y nuestra dependencia económica se hace cada vez más grande con la victoria del poderoso vecino sobre el competidor europeo. Los métodos del capitalismo norteamericano, cumplen más vastamente el fenómeno de la concentración capitalista. Nuestro capitalismo incipiente, es absorbido por el gran capitalismo imperialista. La vida económica de la América Latina queda así cada vez más subordinada al imperialismo norteamericano, o al europeo,—inglés especialmente,—donde éste ha podido resistir.

El imperialismo tiene en nuestros países zonas de inversión de capital y de explotación de materias primas, y mercados de venta para sus productos industriales. Las inversiones de capitales en la explotación de nuestra materia primas, da al imperialismo el contralor de nuetra producción, las inversiones en empréstitos gubernamentales completa su dominio económico en el plano de las finanzas y permite la subordinación total o parcial del Estado. Los mercados para los productos industriales son así, progresivamente monopolizados.

Frente único de clases oprimidas.— El Aprismo plantea entonces la necesidad de la nacionalización de las fuentes de producción realizada por el Estado. Pero demanda que el Estado represente a las clases productoras. Como éstas no pueden ejercer el dominio estatal completamente por falta de preparación para el gobierno entre las campesinas y en las obreras por falta de número y de conciencia clasista también,—condición típica de nuestro incipiente desarrollo económico;—en el dominio del Estado deben participar las clases medias campesinas y urbanas,—pequeños propietarios, artesanos, pequeños comerciantes, intelectuales, etc.,—constituyendo un frente único de las clases oprimidas por el imperialismo en un tipo de Estado, no ya instrumento del imperialismo para la esclavización de la masas nacionales sino su órgano de defensa, base ésta de la tesis del "Estado antiimperialista".

El Estado anti-imperialista, formado por una alianza de clases oprimidas por el imperialismo, controlaría la producción, y distribuición de la riqueza, realizando la nacionalización progresiva de las fuentes de producción y condicionando la inversión de capitales y el comercio. Sería el órgano de relación entre la nación y el imperialismo, mientras éste exista, y la escuela de gobierno de las clases productoras para cuando el sistema que determina la existencia del imperialismo, desaparezca.

Como el socialismo no puede imponerse mientras el industrialismo no haya cumplido su gran etapa histórica y para la industrialización de nuestros pueblos será necesario, en tanto exista el capitalismo, tener capitales, y el Estado—teniendo a la nacionalización socialista de la producción,—deberá condicionarlos. Como a su vez el capitalismo se expande por una ley económica que no puede eludir por ser contextural el sistema, los capitales invertirán siempre, malgrado todas la condiciones. Malgrado todas las condiciones también, el Estado anti-imperialista recibirá del imperialismo todos los productos manufacturados que le sean necesarios y venderá todas las materias primas que la gran industria siempre necesita más y más.

Esta ley económica que fuerza el gran capitalismo a aceptar cualquier condición que se le imponga a cambio de realizar una inversión, no fue jamás comprendida por las clase que hoy representan el Estado latinoamericano, clases de tipo feudal interesadas, fraccionaria o totalmente, en la expansión imperialista, que usufructúan temporalmente. Sólo un tipo de Estado que represente a las clases oprimidas por el imperialismo y orientado hacia la nacionalización de la producción podrá condicionar al capitalismo imperialista, sometiendo su imperativo de expansión.

El ejemplo de Venezuela y México.— Obvio es agregar que la organización del Estado aprista o anti-imperialista impone la unión política de la América Latina. Unión política que implica la unión económica. La resistencia al imperialismo no puede cumplirse por un país aislado de la América Latina. Si un Estado resiste y condiciona al capitalismo extranjero mientras otro abre las puertas y facilita la subordinación económica de su país al imperialismo, occurriría lo que con el petróleo nos demuestran México y Venezuela. Mientras aquél condiciona, ésta hace política de "puerta abierta". El imperialismo escoge entonces el campo de inversión y de explotación más fácil y, consecuentemente, la producción petrolera aumenta en Venezuela. Como se sabe, por las condiciones naturales del territorio latinoamericano, nuestros veinte países en orden a la producción constituyen una zona agrícola-minera sin mayores variantes exclusivas.

Para el cumplimiento de la doctrina aprista se ha constituído un partido que, como la obra que pretende realizar, es partido latinoamericano. La base de ese partido son los productores, en alianza con las clases medias también en lucha contra el imperialismo. El partido trata de formar "conciencia anti-imperialista" en las clases trabajadoras. Conciencia de que son ellas las que producen para el imperialismo y son sólo ellas las que pueden imponerle condiciones y constituir una fuerza de liberación, sin esperar que los proletariados de Europa y los Estados Unidos destruyan el sistema capitalista origen del imperialismo. La alianza con las clases medias refuerza la acción de las clases trabajadoras, especialmente las que son específicamente obreras, jóvenes para el contralor del Estado como joven es en América Latina el sistema que determina su existencia como clase.

El aprismo deja abiertas las puertas al porvenir, porque consiguiendo la independencia económica de la América Latina,—independencia que habrá de basarse en el equilibrio de condiciones para el intercambio de materias primas y productos manufacturados e inversión de capitales bajo el principio de nacionalización progresiva de las fuentes de producción bajo el contralor del Estado,—permite el proceso del industrialismo en nuestros países y por ende el de la formación y definición de una clase obrera que surge en condiciones favorables para el más pronto gobierno total de la economía al producirse la abolición del sistema capitalista.

Y el aprismo, mientras ese proceso evolutivo se cumple, utiliza las fuerzas anti-imperialistas contemporáneas, sin excluir a las clases medias, que amenazadas de muerte por el imperialismo buscarán su defensa en el Estado anti-imperialista, el que, por la nacionalización y socialización progresiva de las fuentes de producción se orientará definitivamente hacia el *capitalismo de Estado,* derivando o desviando así la tendencia de las clases medias hacia el gran *capitalismo privado* que significaría una regresión al imperialismo.

El aprismo, presenta, pues, una doctrina completa y un método de acción realista, vale decir un programa integral económico-político y social para asegurar la independencia económica de la América Latina. Largo muy largo sería dar mayor amplitud a esta síntesis. Lo esencial de la teoría aprista ha sido esbozado. Toda ella representa un libro. Pensé que sería de interés este sumario a propósito de la encuesta de la revista chilena *Atenea.*

Haya de la Torre

Berlín, julio de 1930.

Estampas

— *Colaboración directa* —

La prole de los tiranos de Feres en el tinglado de la farsa política

Muchachos, ¿y la obligación de seguir defendiendo los principios?...

¿Cobardía, deslealtad, estupidez?

Nos hacía falta la sombra de estos cocales batidos por el viento del mar. El recuerdo nos revivía el paisaje. Queríamos llenarnos de mucho aire los pulmones. Queríamos leer en voz alta. Realizamos esos anhelos sencillos, con un gozo profundo, verdadero. ¿Qué leemos? A Plutarco. Y la meditación trabaja con aquel Alejandro, tirano de Feres, cruel, sanguinario, que enterraba vivos a los hombres, o los cubría con pieles de jabalíes y osos para que la jauría los destrozara. En su entraña sólo había desprecio por la vida humana. Un día, sin embargo, se conmovió viendo, «a un cómico representar las *Troyanas,* de Eurípides. Se salió a toda prisa del teatro, y envió a decir al representante que estuviese con tranquilidad y nada malo sospechase de aquel hecho; pues no se había retirado por hacerle desprecio, sino por no sufrir ante los ciudadanos la vergüenza de que, no habiendo mostrado compasión por ninguno de tántos como había hecho matar, le vieran llorar por los infortunios de Hécuba y Andrómaca.»

La meditación va diciéndonos que los tiranos de Feres tienen siempre un escenario sobre el cuál desaguar la sensiblería. Sólo el escenario, que es decir la farsa, los vuelve al mundo de la reflexión, de una reflexión teatral y cómica. A veces es una lucha política, y como la politiquería es telones y deco-

rados y juegos de luces, la que, obrando como gas lacrimoso, hace de ellos un lloradero constante. Ahora ven en un país problemas por todos lados y los pregonan en medio de un salmo conmovedor. Pero esos tiranos de Feres no abren sus ojos en este meridiano acabado de comenzar. Ya han tenido muchos meridianos de apogeo, pero cuando van sonando las botas de su imperio insolente, no miran hacia los lugares mínimos. Es por ellos por donde asoman también los problemas mínimos que conmueven a los tiranos de Feres ¿Cuándo no ha habido que cuidar por las instituciones de beneficiencia de un país? ¿Cuándo no ha habido que llevar a las madres que dan de mamar la nutrición que les llene los pechos? ¿Cuándo no ha habido que procurar porque el alojamiento de los paupérrimos esté asegurado? Estos han sido problemas peremnes de todos los países. ¿Por qué los ha ignorado el Alejandro que en determinado momento histórico se presenta con ellos sonándolos como un chilindrin llamativo?

Ah! los ha ignorado porque no ha creído nunca que constituyan problemas realmente. Para los tiranos de Feres en plena dictadura, lo que interesa es la obra monumental, es decir, la de bulto y que concentre atención y curiosidad. ¿Quién va a reparar en el pan llevado a la madre hambrienta, o en el hospital de niños, o en la barriada higienizada? Estos son cosas pequeñísimas que no crean una patria. En cambio lo pomposo, lo que suene en el exterior del país, eso sí que es digno de la atención soberbia de los que como el Alejandro de la historia, ejercen mando lleno de desprecio. Pero cuando quieren volver al gobierno, entonces representan en el escenario de una lucha política el papel del personaje preocupado por las cuestiones ínfimas.

Y es que los pueblos son amigos de todo lo teatral. El escenario lo arman unos hombres listos y ambiciosos, pero el público llega del mismo pueblo, es el pueblo entero. Siguen apasionados las farsas y son capaces hasta de inventar ellos algunas para que la representación siga deleitándolos. No ven los pueblos que sus gobernantes a lo tirano de Feres, han hecho olvido de todas las necesidades primordiales de su vida, de la vida libre de esos pueblos. Mientras mandaron no los atrajo el clamor de innumeras necesidades. Cuando precisa volver al mando, sí los atraen. Pero los pueblos se contentan con que la voz adulona les diga que sufren, que padecen y que no puede haber gobernante indiferente a esos quebrantos. Con poco quedan ahitos de esperanzas y se alistan a librar la lucha que les piden.

Mas, si todos los sitios en esas representaciones infames han de ser ocupados por la inconsciencia, hagamos que queden vacantes algunos puestos, los que el cálculo adorna y tapiza para atraer las unidades libres. No es posible olvidarse de que a un país se le debe respeto. ¿Cómo vamos a ser fieles a ese respeto si por cobardía ante pregonados peligros nos replegamos a un frente jefeado por un hombre al cual hemos repudiado y combatido? Seamos realmente honrados, sacando este término del campo en que una comodidad menguada lo tiene recluído. No es honrado el que se ensaña contra otro y más tarde se pone de gatas para hacerlo sobresalir como un predestinado. Si combatimos a los tiranos de Feres es porque los hayamos monstruosos para gobernantes de pueblos. La lucha no la hemos librado estérilmente. Sentimos que no podía callarse la soberbia de esos tiranos y nos resolvimos a denunciarla y a podrirla en el sepulcro. Si por convicción abrazamos las causas de la nación en contra de los pareceres de esos tiranos de Feres, no debemos abandonarlas para salir a corear la existencia providencial que se mueve sobre el escenario de la politiquería. No es honrado, olvidar que prometimos a la patria velar y sacrificarnos por aquellos intereses que le sustentan su vida libre y decorosa. Nos hemos puesto a batallar contra los poderes extranjeros que han querido barrer con las defensas de la pátria. Pues tengámoslo presente y si no lo hicimos por cálculo, sino por la aspiración pura de amar de la mejor manera a la patria, no nos pongamos al servicio de los tiranos de Feres. No ocupemos los puestos que han reservado en sitio aparte del de la muchedumbre, para atraernos y hacer que el escenario nos cautive.

Por sobre todo, tengamos valor para defender los principios que hemos puesto a trabajar en nuestra vida. Hemos esperado honor, pero no hagamos por nuestra debilidad que nos llegue deshonor. Acordémonos que estamos haciendo la historia de una patria, acuérdense de ello todos los que han estado contra la prole de los tiranos de Feres. Y la historia no debe hacerse con veleidades, con cobardías, con estupideces. Los vicios juegan su papel en la historia de un pueblo, pero quedan estigmatizados los que fueron viciosos y canallas. Las generaciones venideras revisarán lo que hicimos, lo que han hecho nuestros hombres, y si queremos darles ejemplo de grandeza y de honor, no debemos simular, no debemos capitular. Que lean una a una las páginas de la historia que se ha hecho, que se va haciendo, cuando necesiten saber qué hicieron los costarricenses de 1930 por la nacionalización de la electricidad, qué los de 1928 por acabar con el latifundio y con el poderío de la United Fruit Co., qué los de 1932 por conservar como propiedad nacional el ferrocarril al Pacífico y su muelle; qué los de otro año por librar a Costa Rica de la piratería de las carreteras, de la influencia funesta del capital extranjero en las campañas políticas. del sarcasmo de una tiranía feroz que regala estatuas, etc. Pero si queremos que esas páginas se lean en voz alta, tal como leemos ahora nuestro Plutarco constructivo, y libres a la mirada de todos los costarricenses, hagamos páginas limpias y ejemplares. No las llenemos de vergüenza. No las expongamos a que nuestros descendientes las arranquen ocultándolas al estudio para librarse ellos de la infamia que arrojan. Pero démonos cuenta que con cada uno de nuestros hechos estamos haciendo la historia de Costa Rica. No creamos que hoy podemos ser débiles y mañana enronquecer la voz. Más que actos extremos necesitamos la actitud interna. Con lo primero simulamos, con lo segundo ayudamos a crear una patria. Y esta tarea es grandiosa. Por ella debemos ser implacables con la prole de los tiranos de Feres, que es contraria a dejar florecer aquello que dé esplendor a una patria. Los tiranos de Feres abandonan las representaciones en que se copia la vida, no por nobleza, sino por miedo a la propia vida que ellos han podrido y vuelto miseria y ruina. Una sombra de la vida real los atormenta. Mientras tanto, se sumen en una tiniebla y de allí vuelven con más encono contra la vida. Por eso no respetan una patria y le debilitan sus defensas y hacen que el extranjero conquistador los ponga a su servicio. Por él oprimen y le sacan la libertad a un país y el honorario al extranjero.

Que los tiranos de Feres pongan sus trazos macabros sobre las páginas de la historia de un pueblo, pero al lado de ellos tracen los espíritus fuertes, los que viven para dar majestad a ese pueblo, todo lo que compense y nulifique los estragos de esa prole. Meditemos mucho en la historia de un pueblo para no dejar que la del nuestro tenga que estudiarse ni con dolor ni con asco.

Juan del Camino

Limón y julio de 1931

INDICE



Los buenos libros:

B. Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta.* 4 tomos	₡ 12.00
Ferreira de Castro: *Emigrantes.*	4.25
Sherwood Anderson: *La Risa Negra*	3.50
Nicolás Sama Pérez: *Los Meteoros*	1.50
Dimitri Merejkovsky: *Napoleón el Hombre*	3.50
Dimitri Merejkovsky: *Vida de Napoleón*	5.00
Benjamín Franklin: *El Libro del Hombre de Bien*	4.25
Gregorio Marañón: *El Bocio y el Cretinismo*	3.00
Valentín Andrés Alvarez: *Tararí*	2.00
Max Scheler: *El Puesto del Hombre en el Cosmos*	3.50
Leonidas Andreiev: *Hacia las Estrellas*	2.25
John Galsworthy: *La Huelga*	2.25
Leonidas Andreiev: *La vida del hombre*	2.25
Frank Wedekind: *Despertar de Primavera*	2.00
Bernard Shaw: *El Dilema del Doctor*	5.00
Heinrich Mann: *El Angel Azul*	3.50
Han Ryner: *El Aventurero del Amor*	2.50
Enrique Barbusse: *El Fuego*	3.50
Tomas Carlyle: *Folletos de última hora*	5.50
M. Roso de Luna: *Aberraciones Psíquicas del Sexo*	7.00
Lidia Sefulina: *Virineya*	3.25
Boris Pilniak: *El Año Desnudo*	3.25
Blas Cabrera: *El Atomo y sus propiedades Electromagnéticas*	3.00

Días grandes

= De *Crisol*, Madrid =

Alegría profunda, alegría sin banderolas ni canciones, levantará en nuestra España el acto de Valencia. Acoten otros diversos temas, vitales, políticos, revolucionarios. Yo tengo que volverme hacia el solitario camino que traje durante cinco años para verlo de nuevo poblado ahora de innumerables gentes. Perdone el lector esta emoción por un instante nada más, puesto que todavía queda lucha, muy dura, y no es tiempo de entregarse a débiles sentimientos retrospectivos; pero es mi camino de las escuelas el que yo veía a través de las palabras pronunciadas el domingo, en Valencia, por dos ministros de la República.

Separo aquí, una vez más, lo personal. Quedémonos con lo importante. El acto público de mayor trascendencia que han realizado las primeras figuras del nuevo régimen, después del viaje a Barcelona, ha servido para refrendar el compromiso de la República con la Enseñanza, y especialmente con la Escuela. La Enseñanza, para el Estado. La Instrucción primaria, para la Escuela nacional. «Jamás un republicano que sea digno de este nombre podrá abandonar la Escuela, el Instituto y la Universidad a nadie más que el Estado». Y estas palabras del ministro que acaba de afirmar con los hechos otro principio esencial de la República: «El Ejército, para la nación», tuvieron luego desarrollo autorizado en el discurso del señor Lerroux con la evocación del patriarca de la Escuela española. Sólo esta idea: Cossío, presidente, primer presidente de la República, vale ya tanto como proclamar una victoria. Otro camino bastante más arduo e infinitamente más glorioso que el de un visitador de escuelas. Cossío, primer presidente de la República, sería la realización de un hermoso sueño, la mejor imagen de esta misteriosa carrera de tres generaciones, en que todavía al maestro de la última puede caberle el honor de levantar la antorcha encendida por don Francisco Giner.

Nombre y cifra de más alto ideal, Cossío ha visto a qué bajezas y barrancos llegó la España de 1923. Por verla tan caída, y por no poderlo impedir, convalece hoy en un sanatorio. ¡Sean estos días grandes su mejor cura!

Por el alto valor moral de la personalidad de Cossío y por la significación de ser Lerroux quien trae a plaza su nombre, la prensa habrá destacado esta parte del acto del domingo como un suceso político nacional. No he visto—y han pasado tres días—, que se haya hecho el debido aprecio del fondo de aquella proclamación pública. Cossío representa una obra y un ideal. El nuevo régimen queda comprometido—la espontaneidad de su entusiasmo es nuestra garantía—, a coronar esa obra y a servir ese ideal. Nadie como este gran español se ha dado cuenta de cuán enormes son las proporciones de la empresa que acometemos. Y hacía falta que declararan la necesidad de emprenderla, no sólo el ministro de Instrucción, cuya fe y cuya voluntad le llevaron a alzar bandera desde el primer día, sino otros ministros representantes de la política de conjunto que seguirá la república en etapas sucesivas. El plan grande de creación de escuelas, con el objetivo más ambicioso de la «escuela única», pueden ser mucho o no ser nada; lograrse o frustrarse, según el caso que presten a las ideas, del ministro del ramo, sus compañeros de Gobierno.

¡Cuántas cosas se agolpan ahora a los puntos de la pluma, unas que deben ser dichas, otras, que por el momento, he de callar! La empresa es, en efecto, enorme. «Una obra tremenda», le explicó don Manuel Cossío a su ilustre visitante en el Sanatorio de Ginebra. Hace falta plantearla dentro del ministerio. Replantearla sobre el terreno, como las carreteras. Lanzarla a toque de clarín con declaraciones ministeriales. Apoyarla con interés, mediante la colaboración de las primesas figuras y la masa de todos los partidos republicanos. Autorizarla en plenas Cortes. Asegurar la continuidad. A las sesiones patrióticas del régimen antiguo para empollar un proyecto de escuadra, suceda la sesión patriótica en que se reconozca su lugar debido en los presupuestos del Estado a la escuela nacional. Hace falta estudiar bien esa «obra tremenda». No malgastar en ella un solo céntimo del erario. No construir dilapidando. No crear cargos inútiles. No improvisar ficciones.

Y cuando todo el plan, bien remachado, esté a punto de ejecución—¡sépanlo los señores ministros de este Gobierno y de los Gobiernos futuros!—, nada se habrá hecho si no se cuenta con los pueblos. La mitad de esa «obra tremenda» han de realizarla los pueblos. Ellos dan, no sólo el material de tierra, piedra y madera, sino el material humano. Dan el dinero, el solar, la casa; el niño, el alumno de la escuela y el adolescente, el alumno de las Normales. Empezando por las contribuciones, lo dan todo. Unicamente no pueden dar el espíritu. Esa fuerza ha de llegar a ellos, antes que por la ley ordenadora, por el sentimiento y por la palabra persuasiva. Hay qne hablarles con la cordialidad que da el ingreso en una nueva era de nuestra historia. Hay que pedirles su concurso entusiasta a los pueblos como si ahora empezáramos todos a vivir. Por lo que me atañe, esto no será ir a los pueblos, sino volver.

(Pasa a la página 74)



M. B. Cossío Dibujo de *Sáncha*

La figura de Cossío

= De *La Voz*, Madrid =

Máxima equivocación, entre las equivocaciones múltiples de la pasada política del pasado régimen; máxima equivocación, cuyos resultados son bien palpables. Muchos errores, muchos inconvenientes. Pero de entre todas sus defectos se destacaba su aversión a la juventud española, que sabe vibrar con intensidad en los momentos cumbres de la política. La vieja política se distinguió siempre por su odio al ímpetu juvenil. La juventud encontraba cerrada las puertas a sus anhelos, y era necesario para poder sobresalir haber pasado ya casi el medio siglo. Los escasos jóvenes que llegaron eran excepción sorprendente. ¡Gran error, sí! La juventud tropezaba con los murallones políticos, con la yernocracia y con el upetismo.

En la nueva era que se inicia, la liza política del país se abre de par en par al reconocimiento de la capacidad de la juventud. Quizá una de las razones en que se basa el acierto de Francia de encontrar siempre al hombre necesario del momento sea esa amplitud de horizontes que su juventud tiene bien conquistada y bien ganada. La juventud española comienza a vivir políticamente. Comienza a sentirse en la plenitud de sus derechos ciudadanos. Los inconvenientes antiguos los va destruyendo con paciencia, con estudio y con acción.

Uno de los hombres que más han amado la juventnd ha sido don Manuel Bartolomé Cossío. Su nombre venerado y su fama reconocida mundialmente mueven a la juventud al mayor respeto y a un hondo sentimiento, casi de adoración. Y es porque el maestro Cossío—¡qué bien acoplada está ante este nombre la palabra maestro!— fué el hombre que más amó a la juventud y uno de los pocos que la comprendieron. Y este amor y esta comprensión se notan siempre en el alumno predilecto del gran Giner; de este alumno singular que encontró en su camino, como hombres que dirigieran sus primeros pasos, a Salmerón y a aquellos profesores que gallardamente supieron enaltecer un período de nuestra historia. El amor de Cossío hacia la juventud ha vuelto a dar su prueba viva. Hombre modesto, que no quiere honores vanos ni admite homenajes, rechaza con modestia singular lo que con intuición política fina y segura le había insinuado el ministro de Estado del Gobierno provisional, Sr. Lerroux: La Presidencia de la República españala.

Tal vez nadie mejor que Cossío para este cargo. Ninguna más adecuada ocasión para demostrar que sabemos todos lo que vale este sabio, que supo conquistar con su constante estudio y su labor pedagógica inmensa el respeto de todos, y que hizo exclamar a ilustres profesores de la Sorbona a donde asistían mentalidades de todas las naciones:

—Tiene el Sr. Cossío el tipo de un sabio griego. Sus

(Pasa a la página 77)

Decálogo de un filósofo

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

Doy por sentado que todo el mundo tiene una lista propia de aquellas virtudes que intenta poner en práctica; más aún, que si fracasa en la realización de tales actos virtuosos, se siente avergonzado sin que para ello tenga nada que ver la opinión ajena. He procurado resumir en algo así como un decálogo aquellas virtudes que yo quisiera poseer: helo aquí:

1.— *No mientas para tí mismo.*— Considero que este mandamiento es el más esencial de todos. Alguien harto racionalista podría argüir que es inútil mentir para sí mismo, puesto que uno no podría jamás creer en el embuste propio; pero este argumento se funda en mera ilusión. Coué nos ha enseñado a curar enfermedades mediante la autosugestión, y el mismo método es igualmente eficaz cuando se lo aplica con miras a obscurecer la conciencia o percepción de nuestros propios defectos. Si uno ha estado ocupado en realizar una transacción comercial y ha logrado efectuar un negocio que dejara pingües ganancias a expensas de alguien mucho más pobre que uno mismo, no tiene más que asegurar para sus adentros todas las noches, cuando está por dormirse, que supo dar muestras de extraordinaria generosidad y que la inmensa mayoría de la gente habría procedido con menos blandura; y acabará por creerlo cuando lo haya repetido para sí durante una semana o un mes. Los jactanciosos no tardan en creer en las proezas de arrojo que atribuyen a su propia persona. Si uno quiere creer en alguna doctrina teológica o política que aumente sus rentas, atribuirá mayor fuerza a los argumentos en pro que a los en contra, a menos que tenga sumo cuidado. Y hablando en términos generales, uno será capaz de perpetrar cualquier villanía con la más clara conciencia, a menos que practique el hábito de decir la verdad para sí mismo.

2.— *No mientas para otros a menos que estén ejerciendo tiranía.*— Esto está en franca oposición con la opinión generalmente aceptada, según la cual uno debería decir la verdad a los fuertes, pero no a los débiles. Se considera justo y adecuado que los gobiernos y ciertos órganos mientan sobre asuntos públicos; se considera bien hecho que los padres mientan a sus hijos sobre asuntos sexuales y aun sobre la excelencia moral de dichos padres. Mi principio es el anverso de todo esto. Yo considero que los gobiernos deberían decir la verdad a sus súbditos o ciudadanos, y que los padres también deberían expresar la verdad a sus hijos, por muy inconveniente que esto pueda parecer; pero no creo que los tiranos tengan derecho a esperar verdad de los labios de sus víctimas. En casos extremos, esto sería admitido; un conspirador que bajo la tortura se niega a traicionar a su cómplice, conquista admiración siempre que su caso no sea demasiado abominable. Pero creo que el principio tiene aplicaciones mucho más amplias. Yo no culparía a los niños por mentir ante sus padres si éstos son severos hasta más allá de toda razón; yo no culparía a un libre-pensador por ocultar sus opiniones si el darlas a conocer hubiera de perjudicarlo hasta el grado de hacerlo morir de hambre.



Bertrand Russell

3.—*Cuando creas que tu deber es causar dolor, examina a fondo las razones que tengas para ello.*— Yo aconsejaría: «No te complazcas en causar dolor», si no fuera porque ésta es una cuestión que está más allá del dominio de la voluntad. Si uno encuentra placer en causar dolor, quizá logre alterar su carácter mediante varios métodos indirectos; pero no conseguirá eliminar dicha sensación placentera por el mero hecho de decir para sus adentros que aquello es bajeza. Mediante un acto volitivo uno puede, sin embargo, abstenerse de cometer acciones a las que se siente tentado por el deseo de ese placer. A decir verdad, el deseo de causar dolor es mucho más común que cuanto cree la mayoría de la gente, y se encuentra en el fondo de muchas creencias consideradas como morales. Hubo entre nosotros muchos que creyeron— y la opinión persiste aún en Japón—que es perverso que una mujer reciba anestesia durante el alumbramiento. Esta creencia jamás tuvo otra base que el sadismo, apesar de que para ella se ha dado toda clase de razones seudo-científicas. Dudo que operaciones tales como la extirpación de las amigdalas sean siempre necesarias cuando las recomiendan los cirujanos, y sospecho que algunos de éstos encuentran inconscientemente una fuente de placer en causar dolor. Todo cirujano tiene el deber de inhibir su repulsión natural a causar dolor, mas ciertamente hay una tendencia psicológica a permitir que dicha inhibición ceda el puesto a impulsos sádicos. Admiramos y alabamos el sacrificio propio, y nos complacemos ante la contemplación de vidas virtuosas totalmente despojadas de felicidad; esto también suele tener sus raíces en la crueldad, y hace que los moralistas condenen el sacrificio propio aun cuando no haga ningún bien para nadie. Por todas estas razones nos inclinamos demasiado a creer que el dolor es bueno para los demás; y si bien esa creencia se halla a veces justificada, como por ejemplo en el caso de una operación quirúrgica necesaria, deberíamos estar completamente seguros en cada caso de que nuestro juicio no se encuentra sometido a la influencia de algún impulso hacia la crueldad.

4.—*Cuando desees el poder, examina cuidadosamente el por qué de ese deseo.*—El ansía de poder es parte del mecanismo esencial de la naturaleza humana y no debe ser considerado como un mal en sí; sólo se convierte en malo cuando va asociado a ciertos otros deseos e impulsos. Los *leaders* religiosos, los reformadores y los hombres de ciencia obran todos bajo la influencia de varias formas de amor al poder, mas no por ello tenemos derecho a pensar mal de ellos. Por otra parte, es malo aquel poder que consiste en perjudicar a la gente. He aquí, por lo tanto, qué el amor al poder es un mal cuando va asociado al odio o al desprecio, mas no en caso contrario. La bondad o maldad del amor al poder depende completamente de esos otros deseos para cuya realización deseamos conquistar tal poder. Si con semejante deseo se aspira a ser poderoso para ser cruel, más valdría que quien lo experimentara se sometiera al tratamiento en manos de un psicoanalista para que le cambiara el carácter... o de lo contrario que se suicidara.

5.—*Cuando tengas el poder, úsalo para dar facilidades al pueblo y no para oprimirlo.*--Esta máxima tiene especial aplicación en lo que se refiere a la educación. Aquellos que tratan con los jóvenes, tienen inevitablemente el poder en sus manos y resulta harto fácil ejercer ese poder más bien en forma que complazca al educador que no con miras a lograr utilidad para el niño. El ejemplo clásico, por así decirlo, nos lo da el padre que quiere que su hijo le siga las huellas en todo; que aspira a que, como él, el vástago sea un estadista eminente, un financista prominente, un distinguido hombre de ciencia, y esto y aquello y lo de más allá; que se indigna cuando llega a descubrir que los gustos de su hijo son completamente distintos de los suyos. Toda propaganda en cuestiones de educación cae realmente dentro de este capítulo, ya que con-

siste, no en enseñar a los jóvenes a pensar para sí, sino en hipnotizarlos para que acepten sin pensar determinadas fórmulas. El poderío sobre naciones sometidas a un régimen central cabe dentro del mismo capítulo. La historia tiene pocos casos en los cuales el dominador haya abandonado voluntariamente semejante poder; en cambio, abundan los ejemplos de situaciones en los que aquél ha causado grandes perjuicios.

6.—*No intentes vivir sin vanidad, porque eso es imposible; antes bien, elige acertadamente la clase de auditorio que haya de admirarte.*—El hombre que aspira a conquistar la admiración de los tontos es a su vez un tonto, y el hombre que aspira a ganar la de los pillos es o se vuelve un pillo; en cambio, el hombre que busca la admiración de los sabios y los buenos tiene que convertirse en sabio y bueno. La vanidad, como el poder, es un ingrediente esencial de la naturaleza humana, y cometen craso error quienes se crean capaces de vivir sin ella. Pero la vanidad tiene formas que son nobles y formas que son innobles. La vanidad es el tema del discurso mortuorio de Hamlet. Mas ésta es una forma noble de vanidad, esencial para todos los más grandes caracteres.

7.—*No pienses en ti como en un elemento totalmente contenido dentro de sí mismo.*—En el hombre es natural tener cierto grado de egoísmo, pero la teoría nos ha hecho egoístas más completos que lo que somos por naturaleza. Por lo menos para ciertos propósitos, el hombre natural incluye a su familia, a su tribu, a su nación y aun a la humanidad entera dentro de los lindes de su egoísmo. Incluirá a su familia cuando se esfuerza por proteger a sus hijos contra la muerte o el desastre; incluirá a su tribu o su nación en tiempo de guerra; tal vez incluya a toda la humanidad al verse ante algún cataclismo natural. Esto último no ocurre fatalmente. Por ejemplo, con motivo del terremoto de Tokio muchos japoneses consideraban a los coreanos como culpables hasta cierto punto, y por eso comenzaron a matarlos. Pero por regla general un conjunto de hombres que se encuentra ante un grave peligro natural—como una tempestad o el naufragio de una nave—tiende a cooperar con sus semejantes mientras esté convencido de que dicha cooperación le ofrece alguna perspectiva de salvación. La mayoría de esa especie de unión de esfuerzos es hija del temor, de tal modo que la gente se vuelve más individualista conforme va siendo más poderosa. Si embargo, ésta no es una ley inexorable de la naturaleza humana. Es posible que la fuerza dirigente sea la esperanza y no el temor, y que haya cooperación para alcanzar algo bueno antes que para evitar lo malo. Ahí tenemos el caso de los atenienses, que tras derrotar a los persas cooperaron en la obra de embellecer Atenas; ahí tenemos a los hombres de la época isabelina, quienes luego de haber derrotado a la Gran Armada, cooperaron para que Inglaterra fuera grande y espléndida. Doquiera haya existido semejante cooperación, ha sido un movimiento instintivo genuino y no mera obediencia al deber. La posibilidad de lograr dicha cooperación en gran escala es lo que nos permite tener esperanzas en el porvenir de la humanidad. Pero esto depende de la existencia de un sentido social tan profundo e instintivo como el de los animales gregarios, y por razones algún tanto oscuras el mundo moderno es enemigo de esta clase de sentido social, salvo bajo la única forma de patriotismo, que es demasiado limitada y demasiado vinculada con la guerra como para poder servir a la manera de una fuente de progreso social.

El sacrificio propio consciente jamás debería ser empleado. Cuando alguna vez existe, lleva fatalmente aparejado un sentimiento de repulsión para con el objeto que motiva ese sacrificio.

8.—*Hazte acreedor a la confianza ajena.*—Con esto quiero proponer toda una serie de virtudes sin aliciente, pero necesarias, tales como la puntualidad, el cumplir con todos los compromisos, adherirse a los planes que tienen que ver con nuestros semejantes, abstenerse de toda traición aun bajo sus formas más insignificantes. Toda esta serie de virtudes solía en otro tiempo ser más común que actualmente entre los jóvenes. La educación moderna ha dejado de recalcar la importancia de la disciplina y con ello creo que ha dejado de producir seres humanos dignos de confianza en lo que concierne a las obligaciones sociales.

9.—*Sé justo.*—Con esto quiero decir que los actos de todo el mundo deberían ser juzgados sin tener para nada en cuenta la simpatía o antipatía que despierten en nosotros las gentes de quienes se trata. Pero ésta es una virtud rarísima y difícil de practicar, ignorada, pongamos por caso, en los tribunales. No hay un solo país en todo el orbe en donde un extranjero pueda esperar confiado en que se le hará justicia en un pleito contra un nativo; no hay en toda la tierra una institución cuya cabeza dirigente no tenga favoritos a quienes permite llegar a latitudes que son prohibidas para aquellos que no gozan de sus favores. La justicia es, en esencia, una virtud intelectual que exige el poder para pensar sin apasionamiento alguno. Empero, los intelectuales no la practican de ningún modo. Si hubiera existido entre ellos, no se habrían conducido como lo hicieron durante la Gran Guerra... y ello ni en Alemania ni en ninguna otra parte.

10.—*Sé benévolo.*—No hay ninguna colección de virtudes—aun cuando se trate de las más brillantes—capaz de hacer que sea tolerable una persona que en la vida diaria está constantemente entregada al hábito de refunfuñar o de quejarse. Para que la vida sea simple y feliz es indispensable que haya cierto grado de benevolencia y sencillez. Esta podrá parecer una virtud humilde, pero creo que su ausencia es la causa (mucho más que cualquier otro factor) de que haya tantos matrimonios desavenidos.

Si se cumplieran fielmente todos estos mandamientos, la humanidad sería inteligente y feliz. Actualmente no es ni lo uno ni lo otro.

Bertrand Russell

Días grandes...

(Viene de la página 72)

Debería dastacarlo en otros artículos, y tiempo habrá de todo; pero me interesa no omitir aquí lo más importante de las palabras del señor Cossío que recogió en Valencia el ministro de Estado. Todas, por la ocasión y el asunto, fueron conmovedoras: «Lerroux, en nuestra patria faltan 30.000 escuelas es y una obra tremenda a la que ha de consagrar la República todos sus esfuerzos y todas sus energías. No importa el local, no importa el material. El local lo da la naturaleza en nuestra tierra; el material lo darán muchos hombres. Lo que importa es el maestro.» Yo me veo precisado a disentir de esa doctrina de renunciamiento, que no va contra la escuela como institución, sino contra el maestro como persona humana, y contra los niños como tiernos brotes de una raza duramente tratada. Importa el local. Importa la habitabilidad del rincón, donde se hacinan ochenta o cien muchachos y donde envejece un pobre hombre o una débil mujer, al borde de la santidad. Importa asímismo el alojamiento de esos seres abandonados años y años en lejanos confines. Importan los medios de que están dotadas las escuelitas. Yo bien sé la razón de este admirable, delicado impulso que sintieron Giner, Cossío y sus primeros discípulos, no sólo por franciscanismo, sino por otra reacción honrosa ante la realidad. Eran los primeros cristianos de la religión pedagógica, los cristianos perseguidos o, al menos, señalados por la disconformidad ambiente. Todo quisieron confiarlo al espíritu. Pero la naturaleza en nuestra tierra es muy varia. Algunas veces no da ni el árbol que a Rousseau le bastaba. Va aumentando aún en las aldeas el deseo de vida sana y limpia. ¡Cuántas veces al llegar a un pueblo mísero he buscado al apóstol, al anacoreta de aquel sucio cenobio y sólo he encontrado a una víctima! ¡Problema tremendo también! Porque el Magisterio, además de apostolado es carrera. Es medio de vivir que hacia los veinte años eligen jóvenes inteligentes. ¿Cómo y por qué obligarles a tal sacrificio? ¿No lo pensarán bien y seguirán otro camino? Porque el renunciamiento, en la mayoría de las almas, trae consigo a larga la miseria moral.

Será bueno afrontarlo todo abiertamente. Necesitamos maestros y escuelas. Carne y espíritu. El imposible de hace veinte años hemos de lograrlo muy pronto. Ya véis cómo hablan los hombres de la República.

Luis Bello

Poesías de Martha Lomar

Muy querido García Monge:

Permítame que le presente a la mejor poetisa de Puerto Rico, a Marta Lomar y que le pida para ella una de esas bonitas páginas de poesía que Ud. suele dar.

Suave la isla, dulce y hospitalaria la gente. Siempre le recuerdo a Ud. y en este pequeño Puerto Rico he pensado algunas veces en su Costa Rica.

Un saludo amistoso de

GABRIELA.

(De *Gabriela Mistral*, en carta al Sr. *g. m.*)

MOTIVOS DE LA FUENTE

I.

Yo soy una roca cuyo seno mana
cristalino chorro
de agua . . .

No tratéis de herirme que, donde me parta,
brotará otro chorro
de agua . . .

La roca se parte, la roca se cava;
mas ¿quién hiere a un chorro
de agua . . . ?

II.

Mi alma
es una gota
de agua,
y, donde me entierren,
brotaré una fuente;
y, salta que salta,
cantando
me iré por los prados.

Surtidor
reidor,
arroyuelo alegre—,
el sol
me dará trajes de escamas
doradas,
y el bosque, caperuzas verdes.

Canta que canta, saltando
entre guijas,
iré siempre claro:
En el día con lampos azules;
en la noche, con tiras
de cielo estrellado.

Lavaré de los astros enfermos
la faz macilenta;
y, ante el quebrado cristal
de mi espejo,
la luna
quedará
suspensa.

Fuentecilla
tierna,
cantarcillo
breve,
brotará de mi gota de agua
en donde me entierren.

III.

El que mire de lejos
no podrá verme:
Soy algo tan pequeño:
¡Soy una fuente!

Cuando paso escondida por los gramales,
escucho los suspiros de los viandantes.
Ellos ignoran
que corre un chorro fresco
bajo las hojas.

Pero, si alguno tira campotraviesa,
la piedad de mi linfa su planta huella.
Él se detiene
y busca dónde brota
la mansa fuente.

No tiene que pedirla. El agua fluye
y ni el sol implacable mi bien consume.

Yo mano de la roca de las edades,
y la boca del hombre no ha de secarme . . .

DOLOR

¡Ay, voy loca, buscando mi alma!
¿Donde la perdí?
Agobiada de penas ha huído
de mí . . .
Si os habéis tropezado algún alma
vagando sin fin,
decidme qué rumbo llevaba:
¡lo quiero seguir!
No podéis confundirla, ninguna
toparéis así:
Como es llama, ondulando se irisa
del oro al rubí;
como es flor, todo aroma posee,
del cardo al jazmín;
como es canto, mil notas sublimes
deja en pos de sí;
lleva alas de alondra—a su altura
no puede subir
quien no tenga dos alas potentes . . .
Decid:
¿La habéis visto, quizás, detenida
en vago confín,
o en brumoso angustiado paraje,
muy lejos de aquí?
Si la habéis tropezado, decidlo
y tratad de encauzarla hacia aquí,
donde gime mi carne exquisita
que sin ella se siente morir . . .

EL POZO

Yo te he visto inclinado, con mirada sedienta,
en el pozo sin fondo de mi humano misterio:
has querido robarle a mis aguas tranquilas
su profundo secreto . . .

El agua de los pozos es muda; si le hablas,
tu misma voz respuesta te dará con su eco;
es preciso que rompas la mansa superficie
y turbes su silencio.

Los pozos yacen tristes, en soledad y olvido;
a los pozos se llegan tan sólo los sedientos;
y los pozos aguardan, pacientes, día y noche,
contemplando los cielos.

Yo te ví largas horas sobre el brocal del pozo,
inclinado, mirarme como quien busca un sueño.

GERMINAL

Yo, tendida en la tierra—barro sobre del barro—,
oía las violetas sus salmos murmurar,
y vibraba encendida por emociones nuevas,
que azotaban mi psiquis ebria de tanto amar.

Un susurro de frondas avivaba mi llama;
los mirtos me nevaban una nieve de olor;
las palomas se daban a la paz de sus nidos,
y en los nidos se echaba la sonrisa de Dios . . .

Y la tierra amoldaba, como tierno regazo,
a mis formas la suya, para hacerme feliz;
yo sentía sus manos de humedad, que me hurgaban
en la carne, exigiendo mi secreta raíz . . .

Y mis vasos sanguíneos jubilosos se hincharon
absorbiendo en el barro la substancia vital;
y perdí las palabras y todo humano impulso,
¡y estallé en miles rosas, como ún vivo rosal!

MISTERIO

Se detienen curiosos, los que alcanzan a verla,
ante el misterio augusto de mi puerta cerrada,
y quieren penetrarle su simple mecanismo
que no ha llaves ni goznes ni pestillos ni aldabas.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? ¿Qué indescifrado rito
celébrase al amparo de la estancia negada?
¿Habrá luz mortecina o rayos que deslumbren?
¿La habita un iniciado o la guarda un fantasma?

Eso inquieren curiosos, los que alcanzan a verla,
ante el misterio nuevo de mi puerta cerrada . . .

VEJEZ

En el viejo balcón que los lilayos
cubren de flores en el mes de abril,
donde la pasionaria y los bucayos
su apoyo prestan al frontón senil;

en el viejo balcón donde los rayos
del sol se cuelan con ardor febril
donde entona feliz, todos los mayos,
una reinita su cancin pueril;

en el viejo balcón cuyos maderos
bajo tus plantas crujen lastimeros,
si en amante sigilo llegas tú,

pasan las horas en silencio grave,
aún cuando entona su canción el ave
y habla la brisa su lenguaje en ú . . .

DER ROSENKAVALIER

La noche en el jardín—gloria y fortuna
del amor que padece—y el amante
alto y de negro, místico y galante
bajo el claro prestigio de la luna.

En la penumbra de la ojiva, una
imprecisa visión emocionante.
En un piano, a lo lejos, un "andante";
y un lucero rielando en la laguna.

En el aire hay perfumes, y se queda
el silencio dormido en la arboleda.
En un vuelo se van beso y misiva . . .

Y hollando apenas la vereda hojosa,
con los ojos pendientes de la ojiva,
se esfuma el "caballero de la rosa . . ."

AQUELLAS ROSAS

Era en la noche. Sobre el tibio lecho,
mi cuerpo con temblores de torcaz,
y un rayito de luz, largo y estrecho,
roto en mi seno y en mi ardiente faz.

Tú, en la penumbra—parecías hecho
de algo impreciso, pálido y fugaz—,
tenías una mano junto al pecho
con cuatro rosas en sangriento haz.

Y después, ebrio en tu viril vehemencia,
deshojaste las rosas cuya esencia
perfumó levemente la almohada,

y pediste con voz tenue y ansiosa,
lo que yo te rendí toda entregada:
¡una muerte-de-amor por cada rosa . . . !

MORBOSIDAD

Yo quisiera dejar que, de mis ojos,
sobre tus ojos lágrimas cayeran:
Tal vez así sabrías
lo profundo e inmenso de mi pena.

Cerca, muy cerca, fuertemente unidos,
boca con boca, corazones juntos:
para que así escucharas
todo lo triste que aprendí del mundo.

Llorar así, vibrar así, enlazados
nó por placer, en el dolor opresos,
y gustar ese gozo
intensamente amargo en nuestros besos.

Aquéllos—los que une la tortura—
se comprenden mejor: Que la alegría
es veleidosa, y ata
y desata los seres en un día . . . .

Echate así: Permíteme que llore
el torrente de llanto que detiene
mi razón que concluye:
Deja que así los ojos se te aneguen.

En ese instante, de algo extraño lleno,
no sabré si es tu llanto o si es el mío,
y creeré que comprendes
y que padeces mi dolor conmigo . . .

DESPUES DE LA TORMENTA

Después de la tormenta,
en los rotos ramajes los retoños
vivos, erectos, frágiles,
prometedores, rojos.
Después de la tormenta, los ardores
del sol llamean por los recios troncos;
robándole a la tierra
la humedad, el arroyo
se evapora en un vaho,
y el campo se hace todo luminoso;
los guijarros negrean;
sacuden su torpeza los matojos,
y las hierbas ondulan
en una nueva variedad de tonos.
Después de la tormenta, la esperanza
de nuevas flores. Oro
chorreante del cielo
sobre el mezquino lodo;
paz y azul; armonía:
Todo se ha vuelto mágico y sonoro.
Corre la maravilla
de la dulce esperanza, sobre todo . . .
Después de la tormenta,
en los rotos ramajes los retoños . . .

EL LIMPIABOTAS

Desde la aurora, hasta la noche,
el claroscuro del zaguán,
el limpiabotas con su trapo,
cepillo, líquido y betún . . . ¡Ya está!

Polvo, polvo, polvo, polvo . . .
El agua a torrentes correrá;
lodo, lodo, lodo, lodo
el limpiabotas limpiará.

Zapatos negros, zapatos blancos,
zapatos amarillos y champán,
zapatos grises, zapatos pardos,
el limpiabotas lustrará.

Zapatos nuevos, charolados;
zapatos de rasillo y cordobán;
zapatos con tacones retorcidos,
el limpiabotas lustrará.

Zapatos con puntera pespunteada,
zapatos de entreforros de fustán,
zapatos con hebillas y lacitos,
el limpiabotas lustrará.

Zapatos guardadores del pie fino;
zapatos con enérgico ademán,
y zapatos de gesto reposado,
el limpiabotas lustrará.

Zapatos chicos y medianos,
zapatos grandes . . . Unos van,
otros vienen; pero, todos
el limpiabotas lustrará.

Hay zapatos que vienen entre tiempo;
otros, alguna vez, nó más;
otros, todos los días; pero, todos
el limpiabotas lustrará.

Cepillo, líquido, betún y trapo,
y, a todos los zapatos, el "Ya está!".
Todos, menos los suyos—que no tiene—
el limpiabotas lustrará . . .

Persiflage

Los maestros y la política

—Colaboración directa—

Para el Lic. don *Alejandro Aguilar Machado*, profesor del Liceo de Costa Rica, porque regresa de Europa con ojos refrescados para ver la crisis de honradez política que aflige al país; con votos porque le dé buen ejemplo a la juventud que él enseña.

Acepté la invitación del viejillo Gissing de pasar estos días a su lado. "El veranillo",—me escribió en una de sus cariñosas esquelitas garabateadas,—"pondrá bien a mi buena y fiel Maruxa; de manera que podrá atendernos a los dos con su callada solicitud de siempre. Además, estará, para ayudarla, la colegiala morenita aquella que tánto aprovechó contigo". Adelante decía: "Te hará bien, y me hará bien a mí, un largo paseo diario". Pero no hay tal veranillo. La desdentada galleguilla sigue quejosa y díscola. Para colmo de desventuras, la morenita que para pescarme puso de carnada Gissing en su anzuelo, no llegó: se fue a Puntarenas a pasar allí las vacaciones. Yo, que aún no conozco el mar, no puedo quitármela de la imaginación. Está en la época que los franceses llaman de la *bauté du diable*. A veces me ha mirado de un modo terriblemente perturbador. Ahora me figuro una playa como las que he visto sólo en vistas cinematográficas, y un mar con sonoridad de versos de Homero: un ruido majestuoso, más vocal y matizado que este continuo del bullicioso Virilla; y en la playa me la figuro a ella, sirena doncellita, húmeda de agua de mar, con algas en los cabellos, algas verdes, de un verde brillante. ¡Qué bien va el verde con el negro! Las puntas de sus pezones serán de oscuro coral, como sus labios. Y suspiro, y me digo el verso del poeta hindú: *¡Quién escudriñara el más hondo misterio de su mina de granate!* Gissing ha hecho todo lo posible para substituir con amabilidades las involuntarias deficiencias de su hospitalidad. Me hubiera ido a rato de haber llegado, si no hubiese comprendido que el viejillo tiene miedo, verdadero miedo, de quedarse solo con Maruxa Castro enferma y refunfuñona. ¿Creerá el viejillo que Maruxa se le puede morir? ¿Será otro su temor? Que el clavel moreno esté en Puntarenas, parece preocuparle. Yo también estoy quejoso Encerrados por la lluvia continua de la tarde leemos cada quien su libro, conversamos, nos hacemos nuestro propio té con tostadas, nos leemos en alta voz el uno para el otro. Nos escondemos de mil modos el pensamiento íntimo.

De la política nos hemos ocupado poco. Al margen de ella hemos discutido qué hará don Justo con los profesores, reses cimarronas, que se le han metido en la campaña. Más importante que lo que hará el Ministro es la cuestión de si deben o no intervenir activamente en la política los hombres que le ganan sueldo al gobierno en el ramo de la instrucción. Limito así el tema, porque la prohibición ministerial no reza con directores de escuelas particulares, aunque éstas perciban ayuda del Estado. Le decía a Gissing, en tono de lamento, que la prohibición que amordaza a los maestros venía a colocarnos en un nivel inferior al de los carreteros. Yo estaba, al pensar así, malhumorado. Había leído en los periódicos que don Justo andaba en Puntarenas. ¡Puntarenas! Si el lector es psicólogo; si se da cuenta de los absurdos sentimientos que la fantasía engendra; si sabe la locura que el deseo reprimido enciende, comprenderá con qué amargura fiera, velada por razonamientos extremos, atacaría yo a don Justo. Todo porque don Justo podía pasearse por la playa, oír la música del mar, encontrarse,—con algas verdes los cabellos de ella,—a la sirena doncellita, toda chorreando agua salada y relumbrona; ¡y yo, sin poder echar mi as de espadas en la política por prohibición del afortunado Ministro! Gissing me tomaba en serio. Se apoyó en la autoridad de James Harvey Robinson, de uno de cuyos libros me leyó páginas enteras, y su argumento fue más o menos como sigue:

"Los planes para mejorar la sociedad y curar los males públicos, han seguido, hasta la fecha, tres derroteros: I. Cambios en las reglas del juego; II. Exhortación espiritual; y III. Educación. Si por algu-

La pascua española...

(Viene de la página 67)

las especies de la hostia de la Democracia y del vino de la Justicia Social.

Entre la España de Europa y las Españas de América, ya no hay obstáculos tradicionales. Ya los últimos fantasmas borbónicos desfilan en ronda doliente hacia los pudrideros del Escorial, que ya ha dejado de ser palacio para ser sólo panteón. España, saliendo, como la Verdad, del pozo de su cautiverio milenario, purificada por la sangre de sus héroes y de sus mártires, proyectará sobre los Continentes la fuerza expansiva de su genio, que flotará como el espíritu de Dios sobre las aguas.

Entonces será posible la realización del sueño magno: la reintegración de la Hispania Máxima, engarzados sus componentes, no por el metal de un cetro inadmisible, sino por la ley suprema del Amor.

La identidad de instituciones políticas abre una posibilidad efectiva hacia la Confederación de los pueblos hispánicos, que daría a éstos nada menos que la hegemonía en el mundo.

El sol de España, vivificador de todos los hemisferios, se ha encendido otra vez, y tú, ¡oh Madre!, vestida de ese sol, y presidiendo la constelación fabulosa de los astros de tu órbita, alumbrarás el cielo más radiante de la cultura humana, por los siglos de los siglos. Amén.

César E. Arroyo

Quito, 1931.

na de esas rutas hubiésemos llegado a meta alguna buena, el mundo no estaría en la triste situación en que se encuentra.

"Examinemos el primer derrotero. Muchos reformadores recelan de lo que llaman *ideas*. Creen que los males del mundo se deben a una organización ineficaz que hay que mejorar mediante legislación nueva y sabias ordenanzas. Los abusos hay que abolirlos, dicen, por medio de medidas prohibitorias, por ingeniosos métodos de procedimientos novedosos. La responsabilidad hay que concentrarla; o que distribuirla. Los períodos de servicio en los puestos públicos hay que alargarlos; o que recortarlos. El número de miembros de los cuerpos de gobierno hay que aumentarlo; o que disminuirlo. Precisa establecer lo que los yanquis llaman *direct primaries, referendum, and recall*. Estos reformadores son muchos. En los campos de la industria y en los de la educación, no cesan sus actividades, removiéndolo todo con la esperanza de evitar fricciones y de aumentar los servicios y la eficacia. La Cámara de los Comunes no hace mucho que rearregló sus relaciones con la de los Pares. La Liga de Naciones ha tenido que rearreglar las relaciones entre su Consejo y su Asamblea. Todas estas medidas a veces dan buenos resultados. Con frecuencia crean nuevas dificultades. Se exagera la confianza que debemos tener en la virtud de las restricciones y de la regimentación. Lo que hace falta es un *cambio de actitud*, y sin él todo reglamento fracasará. Mientras se permita que los gobiernos los manden los políticos y los adinerados, y hasta influencias extranjeras, no tendrá ni un ápice de valor cambiar la organización de cualquier departamento. Así como en un colegio no se logrará nada con el mero cambio de director. Vendrá otro director, si no igual, peor.

"El segundo derrotero es el de los que no creen en reformas administrativas como única medida, y declaran que lo que falta es el amor al prójimo. Millares de púlpitos nos exhortan diariamente, recordándonos que somos todos hijos de un Padre Común y que debemos ayudarnos los unos a los otros. El Capital, alegan, es demasiado egoísta; o bien el Trabajo está demasiado embebido en sus propios estrechos intereses y no considera los riesgos que el Capital asume. Todos dependemos unos de otros, y el reconocimiento de esta verdad debiera engendrar paciencia mutua y jubilosa cooperación. Olvidémonos en los demás. *¡Hijos míos en Nuestro Señor, amaos los unos a los otros!*

"Hace más de dieciocho siglos, casi diecinueve, que los cristianos vienen predicando que somos hermanos en Dios; y antes que los cristianos, predicaron esa fraternidad los estoicos. A pesar de cual doctrina, ha existido y existe, campante y flamante, la esclavitud en sus formas más odiosas; ha existido y existe la servidumbre en sus formas más crueles; ha habido y se preparan guerras en sus formas más sangrientas, guerras provocadas por los egoísmos más sórdidos y bendecidas por los más melosos predicadores de la fraternidad. ¡Valiente ha de ser el predicador que cara a cara se enfrente a estas situaciones; valiente el maestro que se atreva a decir la verdad! El Congreso del Niño hizo oir cómo, en Costa Rica, se asesina a los niños, arrebatándoles su alimento natural, sólo para que algunos individuos, que la sociedad no necesita,—que la manchan más bien que la adornan, que podrían ser adorno adecuado sólo de una horca,—hagan dinero, y con mayor dinero adquieren mayor impunidad para seguir asesinando niños. Hay momentos cuando es cierto que sentimos de manera muy viva la fraternidad humana, pero son momentos fugaces. Hay almas, es cierto también, tan grandes que en ellas cabe amor para toda la humanidad. ¡Cuántas veces creemos que nos igualamos a ellas diciendo cómo las admiramos! Como la beata que cree comulgar con el espíritu de Cristo rindiéndole cursi adoración; como el misionero protestante británico que recibe dinero de los barones que tienen a su pueblo en miseria industrial, y se siente feliz yendo a predicarles el Evangelio a los hindúes. La sospecha, la suspicacia, el odio, congenian más con nuestra naturaleza, por razones obvias, en este mundo de rivalidades sin fin y de común fracaso. Existe, ciertamente, una levadura de bondad que bajo auspicios favorables sabe obrar en los hombres pero no se fomenta tal bondad mediante la exhortación, o ya fuéramos buenos todos los hombres. Habemos, pues, quienes de prédicas, como método para lograr un cambio efectivo hacia el bien, estamos hartos.

"Algunos hay que proponen método distinto, el de la educación. Nadie negará que educación necesitamos. ¡Ay, pero no lo que por educación entendemos! La educación, desde luego, tiene varios fines, y para juzgarla hay que tenerlos en cuenta. Las artes de la lectura y de la escritura y de la regla de tres, son básicas en un mundo de periódicos y de compraventa. Contemos también la preparación técnica y el aprendizaje que capacitan al estudiante para ganarse la vida en algún oficio o profesión de provecho. Estos fines los logra la educación que se imparte en las escuelas, colegios y facultades; desde ese punto de vista la educación es en gran parte un éxito. Además, hay estudios que contribuyen eficazmente a elevar el nivel general de cultura, que cultivan el buen gusto, que estimulan la imaginación, que afirman las capacidades del raciocinio. Unos pocos juzgamos estos aspectos de la educación como indispensables o de inmenso valor. Para los más, tales fines culturales son, a lo mejor, amenidades que no se vinculan estrechamente con los fines de la vida y la meta del éxito mundano. Esa fase educativa es por lo general tradicional y retrospectiva; que tiene que ver con lenguas muertas, con viejos libros admirados, con altas matemáticas carentes de inmediata aplicación, con filosofías e historias más o menos arcaicas, y con la infructuosa forma de la lógica que hasta hace poco creíamos que era la fortaleza principal del hombre contra el asedio del error. A estas disciplinas mentales se ha añadido recientemente una o más ramas de las ciencias naturales.

"Los resultados, sin embargo, de esa llamada *educación liberal* dejan todo qué desear. Quienes, como yo, les tienen un amor entrañable a los libros viejos, y sienten orgullo de saber lo que saben de idiomas antiguos y modernos, y envidian cordialmente a los que dominan las matemáticas, y gustan, como de manjares, de las ciencias naturales; éstos, digo, nos entristecemos de ver que son raros los que reciben la tal educación liberal que hayan adquirido gusto por los libros viejos, por los idiomas, por las ciencias, que hayan aprendido a pensar matemáticamente, que tengan un interés vivo en la filosofía, que hayan adquirido visión honda de la naturaleza que han estudiado. Ello me mueve a decir que sospecho que la educación que llamamos liberal es un continuo aborto, pues no logra madurar y haber vida propia.

"Son tres los fines educativos que he enumerado; los tres tienen un propósito común. Los tres se encaminan a realzar las probabilidades del éxito *personal;* o a aumentar la cultura y el goce intelectual y literario *personales*. No hay aquí propósito alguno que tienda a preparar al indivi-

La figura de Cossío...

(*Viene de la página 72*)

clases nos hacen recordar las que, según los historiadores, daba Sócrates. Habla más que escribe, y medita más que habla.

Y por meditar más que hablar, Cossío meditó sobre la juventud, apreció su labor, y la amó.

Y al amarla piensa siempre en ella con el cuidado de un padre. Y al amar y sentir por ella, cuando los honores le son ofrecidos, los rechaza en honor de ella. Cuando sus méritos le son reconocidos, los ofrece a ella. Y así, cuando el tino político del Sr. Lerroux le esbozó un deseo que se había diluido en toda España al pensar en el hombre que ha de ser cabeza visible del nuevo Estado, Cossío envuelto en su modestia sentida, en recogimiento íntimo y en desprendimiento amoroso, rechazó la oferta con estas solemnes y significativas palabras:

—No, Lerroux; no es ese puesto para mí. Yo ya me voy. Quede eso para la gente joven; los que vienen ahora. El problema que hay que resolver es el de las treinta mil escuelas que faltan en España.

«Quede eso para la gente joven» ¡Qué diferencia de manera de pensar entre este gran hombre y otros del pasado político de España. El gran error de la anterior política fué el poner tropiezos al paso de la juventud. Por eso el maestro de los maestros, que por conducir juventudes las ama mucho, piensa y medita constantemente sobre ellas. Y les ofrece todo. Todo: vida y honores.

No se puede pedir más a un maestro.

duo a tomar parte en un movimiento de renovación social o política. Es reciente la añadidura, a nuestras viejas ambiciones, de una ambición nueva: la esperanza de hacer de nuestros jóvenes escolares buenos ciudadanos. Con ese fin se da en las escuelas lo que llamamos *Instrucción Cívica*.

"Ahora bien, se creería que el educar para hacer mejores ciudadanos, o sencillamente ciudadanos, consistiría en dar un conocimiento veraz de nuestra efectiva organización social, con algunas nociones ilustrativas respecto de su origen y una comprensión completa de sus defectos y de la fuente de éstos. Aquí es donde encontramos un obstáculo que en los antiguos tipos de educación no tenía importancia pero que en este tipo lo malogra todo. La instrucción que se da en asignaturas como la escritura y la lectura, la aritmética y el álgebra, el francés y el inglés, la química y la física, la medicina y las leyes, es una instrucción, por más cambios que constántemente se le haga, ya sistematizada y retrospectiva. Los cambios como, en la enseñanza de la lectura, los propuestos, a base de la psicología de Kohler, por Decroly, no atraen la atención de los de fuera. En cambio, el mundo entero está atento a la enseñanza que se imparte de cuestiones políticas y sociales, y de cuestiones que se refieren a métodos de negocios, a animosidades de raza, a elecciones de autoridades y poderes, y a política en general. La Superioridad de nuestras escuelas elocuentemente hace saber que no permitirá que en el seno de ellas se acentúe crítica ninguna contra el estado de cosas y mucho menos contra personalidades que manejan actualmente la política o que pueden mañana llegar a manejarla. El Gobierno, por ejemplo, es "amigo" del de Venezuela, y no debe un maestro enseñar a sus discípulos que en Venezuela impera negra tiranía servida por hombres de almas meretrices que son meretrices hasta en sus propios cuerpos. No debe enseñarse que es un insulto a Bolívar que Costa Rica haya aceptado de uno de esos serviles una estatua mentirosa. No debe enseñarse que es un insulto a Costa Rica, tierra donde los hombres se precian de serlo, haber aceptado ese obsequio de quien vino. No. A los escolares se les enseña todo lo contrario. No sería raro verlos, por disposición superior, desfilar enrebañados cuando esa estatua se inaugure. ¡Mal haya el maestro que asista!"

Nunca he visto a Gissing tan furioso: Me apresuré a hacerle una fresca taza de te. El áureo estimulante lo calmó. Casi parecía latino el viejillo explicándome su furia: "Por rendirle culto a lo establecido, hemos llegado hasta a rendirle culto al... De repente averiguan quien soy—dijo riéndose—y me expulsan del país. ¡Serían capaces de profanar una tumba! Vamos, no diré más de Costa Rica. Pero oye lo que en *Back to Methusalah* dice, de la educación en las Islas Británicas, mi conciudadano Bernard Shaw:

"*Debemos enseñar cívica y ciencias políticas en la escuela. ¿De veras, debemos? No hay tal debemos, puesto que lo que sí debemos es* NO ENSEÑAR *tales cosas. El maestro que de veras enseñase eso, se hallaría en un abrir y cerrar de ojos sin un penique, en la calle, sin un alumno, cuando no en un banquillo de reo respondiendo a una acusación, pomposamente redactada, de ser él sedicioso. Nuestras escuelas enseñan la moralidad del feudalismo corrompido por el comercialismo, y nos muestran al matón militar, al barón ladrón, y al ganador de usura, como modelos de humanidad ilustre y victoriosa.* ¿Estás seguro, mi querido Persiles, de que la libertad para meterse en política que quieres para los maestros, no es libertad para descarriar a aquellos sobre quienes los maestros ejercen influencia? ¿Qué maestro hay, dímelo, de los que quieren meterse en política en esta campaña, que no abogue por un zángano y que no busque, con el uno o con el otro candidato su medro personal? ¡Vamos, hombre, toma tu té en paz!"

—*George, my dear*,—le dije—la política me fastidia, hasta cuando tú la comentas con luminosa profundidad. Lo que tengo es urgencia de ir a Puntarenas, de ver el mar...

—*Oh very well!* Y, si puedes, averigua por qué no vino la colegiala morenita... Tal vez a ti te lo diga... Me urge saber eso...

Persiles

Casa de Gissing, Heredia, julio, 1931.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

La última obra de Jaime Torres Bodet, editada con elegancia por Espasa-Calpe, Madrid:

Proserpina rescatada. Madrid, 1931.

Hay un epígrafe que dice: Cada uno de nosotros es como la población de una ciudad construida en la vertiente de una colina: existimos, simultáneamente, en muchos niveles distintos.—*Aldous Huxley*.

Dos libros que acabamos de recibir de la Editorial CENIT, de Madrid:

Julia Peterkin: *El pecado rojo*. Traducción del inglés por Margara Villegas.

En la serie "La novela proletaria".

El falso príncipe. Aventuras de Harry Domela, escritas por él mismo en la cárcel de Colonia, de enero a junio de 1927. Traducido del alemán por José de Unamuno.

En la serie "Vidas extraordinarias".

De los autores:

Francisco Botero (Cali, Colombia):

Fruto de lucha. Bogotá. Editorial MINERVA. 1931.

Eduardo Ventura López (Casilla 294. Antofagasta. Chile):

Perfil absurdo. Poemas. Con algunas sugerencias dibujadas por el autor. Antofagasta. Chile. 1931.

Otros libros y folletos:

Gastón F. Deligne: *Romances de la Hispaniola*. Prólogo de D. Moreno Jimenes. Ediciones del "Día Estético". San Pedro de Macorís, R. D. 1931.

Joaquín Ortega: *Jacinto Benavente*,. Reprinted from *The Modern Language Journal*. October, 1923.

Joaquín Ortega: *Vicente Blasco Ibáñez*. Reprinted from *University of Wisconsin Studies*. Number 20.

Joao Passos: *Diógenes de Medeiros*. Río de Janeiro. 1931.

Carlos León: *Nuestro Deber*. Principios básicos del P.R.V. México, D. F. 1930.

Graziella Barinaga y Ponce de León: *El Feminismo y el Hogar*. La Habana. 1931.

David J. Guzmán: *Comentario sobre Insticción Cívica y Moral práctica y social*. 1914. San Salvador, C. A.

Ildefonso Pereda Valdés: *Raza Negra*. 1929.

1.—Poemas de negros. 2.—Cantos africanos. 3.—Cancionero afro-montevideano.

Henry Lepidus: *The History of Mexican Journalism*. "The University of Missouri Bulletin". Vol. 29, number 4. January 21, 1928.

Guillermo Martínez Pérez: *Organización mundial de la Enseñanza*. IV. Suiza. 1931. Buenos Aires.

Studies in World Economy. No. IV. "International Conciliation". June 1931. No. 27. New York Ctiy.

Delmacio L. Botto: *Las modificaciones introducidas al Régimen Hipotecario del Código Civil por la ley del Banco Hipotecario Nacional*. Buenos Aires. Mayo de 1931.

La *Jerusalen, libertada*, que cayó entonces en mis manos, traducida por Koppen, impuso por fin una determinada dirección a mis vacilantes pensamientos. A la verdad, no era yo capaz de leer todo el poema; pero había pasajes que me aprendí de memoria y cuyas imágenes flotaban sin cesar ante mi espíritu. En especial me cautivaba Clorinda con todas sus aventuras. Su varonil feminidad, la serena plenitud de sus fuerzas, ejercían mayor imposición sobre un espíritu que comenzaba a desarrollarse, que todos los fingidos encantos de Armida, aunque al mismo tiempo no despreciara yo su jardín.

Goethe: *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*. ("Colección Universal". Espasa-Calpe. Madrid).

EL MEJOR LIBRO DEL MES

Reunido el Comité de esta Asociación para fallar sobre los libros aparecidos durante el mes de marzo, acordó señalar como *el mejor libro del mes*:

Babel y el castellano, por Arturo Capdevila, y como *recomendados*, los siguientes:

Carlos Blanco: *La dictadura y los procesos militares*; Jaime Brunet: *La buena causa*; M. Casas Fernández: *Voltaire, criminalista*; Ramón Gómez de la Serna: *La Hiperestésica*; Ledesma Miranda, *Agonía*; *Romancero Español* (Edición de Luis Santillano); Luis Torres: *Náufragos*; Arturo Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas*; Fray Pedro de Aguado: *Historia de la provincia de Santa Marta*; Boris Bajanov: *Al servicio de Stalin*; Pierre Benoit: *Un almuerzo en Sousceyrac*; André Corthis: *Peregrinaciones por España*; Waldemar E. Coutts: *Tiranía sexual y sexo tiranizado*; Elián J. Finbert: *Hussein*; René Fulop-Miller: *El*

poder de los secretos de los jesuitas; W. R. Iinge: *La ética cristiana y los problemas modernos;* Panait Istrati: *El pescador de esponjas;* J. Kessel: *Ráfagas de arena;* Rudolf Pircher: *Inglaterra, ejemplo de democracia;* Lucien Laurat: *La acumulación del capital, según Rosa Luxemburgo;* doctor Gustavo Le Bon: *Bases científicas de una filosofía de la Historia;* doctor E. Osty: *Las utilizaciones prácticas de las personas dotadas de conocimiento superanormal;* Jorge Stieler: *Malebranche;* Giuseppe Torre: *El fascismo al desnudo;* M. M. Vaussard: *El Carmelo;* Henshaw Wards: *La Exploración del universo.*

Azorín, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Pedro Sainz Rodríguez, Ricardo Beaza.

(*Crisol.* Madrid)

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

Todos son iguales

—Envío del autor—

Existe hoy entre las naciones civilizadas o, más concretamente, en las grandes potencias, un impulso apostólico que las lleva a juzgar la vida y padecimientos de los pueblos extraños, y aún a poner el peso de su poderío en favor de determinadas reformas que reclama el progreso moral. Ahora mismo andan muy afanadas la Liga de las Naciones y las naciones de la Liga en el asunto de los esclavos de Liberia, y vá para un año que en los periódicos de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unido no se habla de nada con tánto ardor como del trabajo de los prisioneros políticos en Rusia. Todas las naciones se afanan por arrojar sus piedras en esta campaña, pero ninguna se pregunta cuál tiene el derecho de arrojar la primera. Si bien se estudia el caso, es un poco más difícil para resolver de lo que parece. Los periódicos se pronuncian a diario contra el salvajismo y la barbarie de los pueblos que deben eliminarse en un momento dado, pero si se detuvieran sus palabras por un instante y se les preguntase en dónde está la esencia de la civilización que ellos defienden, no podrían dar una respuesta clara que satisficiera la felicidad humana.

Se inquirió en días pasados de un sabio si él creía que en algún sentido hubiese progresado moralmente el mundo. Perplejo ante una cuestión que no podía responder satisfactoriamente, dudó un rato, y luego apuntó: No puede negarse que ahora somos menos crueles. Pero no acababa de afirmar esta negación, cuando le hizo un leve retoque, como para quitarle el cincuenta por ciento a su valor: A lo menos, agregó, individualmente somos menos crueles: colectivamente tal vez no. La mente del sabio vacilaba al resplandor de la guerra mundial, que todavía circula por los guarismos insólitos de los presupuestos militares. De la guerra de los Boers a la de las Cruzadas,—que muchos dicen: la dulce guerra de las Cruzadas,—no se vé el progreso, el progreso a que el sabio se refería, y de esa guerra contra los negros del Africa a las que pintan el libro rojo belga o los libros dantescos de Remarque no se sorprende sino la confirmación de la duda: colectivamente es probable que el mundo no sea hoy menos cruel de lo que fué en el tiempo de los Hunos.

Para dejarle al sabio el consuelo de creer que individualmente sí somos menos crueles, hoy no tendríamos sino que cerrar el proceso de los crímenes cotidianos. Olvidar el refinamiento que busca el delincuente en los medios más agitados de la vida moderna, y el deleite del hombre ávido de sensaciones, como en el caso de aquellos millonarios jóvenes que se hicieron célebres en los Estados Unidos volviendo picadillo a un chicuelo rubio. Cerrar los oídos a esa aceleración del delito que acaba de suscitar la idea de organizar una nueva categoría criminal, una categoría que explique el avance del impulso fatal en cierta dirección imprevista: la de los crímenes que se derivan del automóvil. Ahora mismo en Inglaterra una de las formas populares de acabar con el prójico consiste en azarlo dentro de un automóvil incendiado. El progreso en la carrera del detectivismo, la necesidad de hacer de la policía el organismo más científico y formidable de una gran nación, lleva a los sabios a pensar que el mundo, individualmente, es menos cruel.

Pero, ¿qué es lo que repugna a la civilización? Los periódicos han venido insistiendo sobre este punto: los presos políticos de Rusia. No hay nada tan conmovedor como la pintura que hacen de los aristócratas del zarismo, de las marquesas que sirven a la mesa de los estúpidos obreros en las fábricas. Pero, ¿han expresado la misma indignación frente a las crueldades de la dictadura venezolana? ¿le ha restado consideraciones oficiales al fascismo el hecho de que Mussolini adelgace las vidas de los italianos independientes en las islas tenebrosas de su imperio? ¿Alguien ha dicho que deban romperse relaciones con Inglaterra porque la policía británica le dé palo a los nacionalistas en la India y mantenga repletas las cárceles de prisioneros políticos en todo el oriente?

Si un ruso pusiera cara de cándido y quisiera admirarse a su vez de lo que ocurre más allá de sus fronteras, podría romper en los mismos aspavientos. Él vive allá sujeto a un código criminal que dice así en la primera página: Las medidas de protección social no deben tener por objeto infligir sufrimientos físicos o la degradación de la dignidad humana, ni ser dictadas con el propósito de venganza o de castigo. Y sabe más aún: que las medidas de protección social de carácter correctivo no se aplican a los menores de 16 años y que a los delincuentes infantiles sólo pueden enderezarse medidas de carácter médico o educativo. Metido dentro de este criterio, el ruso podría clamar en la Sociedad de las Naciones contra la costumbre bárbara de los ingleses que le dán azotes a los niños en los colegios, y pintar con horror la estampa común, la escena de todos los días de estas ciudades en donde pelan al muchacho que comete una falta, lo acuestan sobre un banco y le dan una docena de azotes en presencia de sus condiscípulos.

Porque en este asunto de los niveles morales, la revista de los hechos conduciría a conclusiones que el lector corriente de los periódicos no sospecha. El caso de Rusia es hoy típico, como lo fué en otra época el de los pueblos que las grandes potencias necesitaban someter al coloniaje, y como lo es ahora mismo el de Sur América, que recoge mucha de la fama de barbarie que anda dispersa por el mundo, y la suma como aureola exclusiva de sus caudillos. Sobre el caso de Rusia podría escribirse un tratado. Hace unos cuantos meses denuncia-

ron en los Estados Unidos los productores de manganeso y los comerciantes en pulpa de madera la infamia de que en Rusia utilizaran trabajo de esclavos sus competidores, y el jefe del partido obrero americano apoyó este denuncio diciendo que en su concepto todos los trabajadores rusos eran esclavos. Los rusos han estampado en su constitución este principio: La república reconoce el trabajo como un deber de todos los ciudadanos. Los ingleses y los alemanes han establecido fondos para cubrir las pensiones de los sin empleo: en Rusia el individuo que no tiene trabajo está en el deber de presentarse a las oficinas del Gobierno, y el gobierno en el deber de colocarlo. El Gobierno tiene el control de las grandes empresas y ofrece diversidad de oportunidades para que el obrero escoja su oficio. Pero el impulso es el de establecer el trabajo obligatorio: y este impulso se reviste de toda la fuerza de una dictadura. Y es más: las capacidades del individuo reducen a muy pocos, tal vez a un solo renglón los múltiples campos en donde puede trabajarse. Por eso el jefe del obrerismo americano condena aquello como una dictadura, y está en lo cierto. Pero, ¿hay menos dictadura en su país? Las ideas, la constitución, los principios políticos, la literatura que él invoca son las de un pueblo libre, orgullosamente libre: otra cosa es el determinismo económico: la lucha desesperada por la vida, que obra con más energía que toda dictadura, la presión y la angustia del afán cotidiano que hace que para el hombre de la calle ese vasto panorama de posibilidades de Norte América se cierre y se angoste en un sólo sendero: un sendero que ahora mismo es áspero, difícil, miserable, incierto. Lo curioso es que la prensa vive conmovida del hambre rusa. Todos pintan el pan moreno, que allí se come, la falta de carne y la escasez de postres y de helados. Sin reparar que es un tánto más miserable la ración que están comiendo en el Canadá las clases pobres del campo, que son la mayoría, y cuyo diario consiste en un poco de pan duro hecho en la casa, un dulce y unas papas. Porque en esta crisis, que el mundo debe averiguar de dónde viene, son muchos los hogares de todas las naciones en donde no se comen postres ni perdices.

Todos son iguales. Ese rasgar de vestiduras que a veces se acostumbra, tiene siempre algo de engañoso. En asuntos de moral política el mundo entero está por conquistar. Entre los Estados Unidos y Rusia la diferencia es de apreciación, porque los unos se han colocado a la defensa de la clase trabajadora y los otros a la defensa de la clase adinerada. Entre Sur América y las viejas naciones no hay sino la circunstancia de que en Sur América se producen materias primas y en las viejas naciones artículos manufacturados: lo demás, y aún esto mismo, es asunto de juventud, diferencias de edad. Ahí van los unos y los otros, ahí vamos todos, avanzando y retrocediendo, como caballos de ajedrez.

Germán Arciniegas

Londres, Junio, 1931.

Frente al 4 de Julio

= De *Patria*. San Salvador =

A hondas meditaciones se presta esta fecha, esta que debiera ser gran fecha, motivo de júbilo en todas partes en donde aliente un pecho libre.

Es el día de la independencia de los Estados Unidos. Es la conmemoración del 4 de Julio de 1776, fecha en que el mundo vió surgir a la vida a un gran pueblo cuyos próceres de entonces lo bautizaron para la libertad en la fuente pura de los derechos del hombre.

Jamás ni Washington, ni Jefferson, ni Hamilton, ni tántos padres de la libertad americana imaginaron que al soltar el águila de su escudo sería para que sus alas sirvieran más tarde de vehículo a la iniquidad de la diplomacia del dólar, y sus garras de fieros cuchillos al imperialismo para degollar a los pueblos débiles del continente. Jamás imaginaron aquellos varones excelsos que los descendientes de sus soldados serían más tarde los marinos bárbaros que asolaron Haití, Santo Domingo y Nicaragua. Jamás pensaron que la bandera que ellos izaron a los vientos del derecho serviría más tarde para amparar a su sombra a los traficantes del dólar, a la piratería organizada, a la iniquidad, yéndose a clavar en son de conquista a lo largo del Mar Caribe, desde Veracruz a Panamá, pasando por las Antillas.

El 4 de Julio ya no podrá ser día fausto, ni júbilo para el mundo, porque significa la garra brutal contra la garganta de los pueblos débiles de América. Mientras el imperialismo mantenga la corrupción y la opresión en el continente, ya sea apoyando tiranías criollas, como la de Machado en Cuba y la de Gómez en Venezuela, o directamente se empeñe en mantener rotas las arterias de un pueblo, como Nicaragua, el 4 de Julio tendrá que ser un día de duelo, un día negro en el calendario de la vida histórica del mundo.

Al detenernos a meditar sobre esta fecha, proponemos a la prensa continental hispánica la adopción del 4 de Julio como el Día Anti-imperialista: que en este día se haga un recordatorio en toda la América Española, un recuento de todos los atropellos cometidos por los Estados Unidos en nuestros países: hacerle ver al mundo, especialmente al pueblo de los Estados Unidos, tan engañado por su gobierno, que lo que para ellos es el Día de la Libertad, el 4 de Julio, para nosotros es el día de la iniquidad, ya que del nacimiento de aquel pueblo a la vida libre se derivan tántas miserias para nosotros.

Quede, pues, nuestra iniciativa a toda la prensa hispano-americana: 4 de Julio: *El día Anti-imperialista*.—A. G. T.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica